

culinas heredadas del neutro de la segunda declinación clásica (*balneu*, *collu*, *vinu*, § 28b) y otras de la cuarta declinación (*cornu*, *manu*, § 31):

amicu > amigo	dom(i)nu > dueño
balneu > baño	filiu > hijo
castellu > castillo	frax(i)nu > fresno
collu > cuello	manu > mano
cornu > cuerno	vinu > vino

d. Los ejemplos que siguen provienen de la tercera declinación del latín vulgar. Se incluyen formas que derivan de la quinta declinación del latín clásico (*facie*, *fide*, § 32):

calle > calle	hom(i)ne > hombre
carcere > cárcel	lacte > leche
civ(i)tate > ciudad	latrone > ladrón
dolore > dolor	mare > mar
facie > haz	parete > pared
fide > fe	ratione > razón
fonte > fuente	rege > rey

§ 153a. Como siempre, la tercera declinación presenta más complicaciones que las otras. Muchos nombres de la tercera declinación, que servían tanto para el masculino como para el femenino, añadieron pronto una *-a* analógica al femenino en español antiguo, con el fin de diferenciar los géneros; esta diferenciación ha pasado al español moderno:

hispanione > esp. a. f. español > española
infante > esp. a. f. infante > infanta
latrone > esp. a. f. ladrón > ladrona
parente > esp. a. f. pariente > parienta
pastore > esp. a. f. pastor > pastora
seniore > esp. a. f. señor > señora

b. Algunos neutros de la tercera declinación planteaban un cierto problema, pues el acusativo terminaba en *-s* en singular (§ 21a). Esta *s* final pasó al español antiguo a través del latín vulgar, y se puede ver en las siguientes formas:

## CAPÍTULO 3

### MORFOLOGÍA HISTÓRICA: LA EVOLUCIÓN DE LAS FORMAS

#### EL DESARROLLO DE LOS SUBSTANTIVOS

§ 152a. En latín vulgar, los nombres tenían dos casos diferentes, el nominativo y el acusativo (§§ 27-30). Sin embargo, cuando el latín vulgar de Hispania evolucionó al español antiguo, se perdió casi siempre el nominativo, y sólo se mantuvo de manera dominante el acusativo, mucho más corriente que el nominativo, por la variada gama de funciones que había acumulado en latín vulgar.

b. A continuación damos algunos ejemplos de la primera declinación del latín vulgar. Abarcan algunas formas que la primera declinación del latín vulgar heredó de diversas fuentes del latín clásico: por ejemplo, plurales neutros de la segunda declinación (*pira*, *vota*, § 28c); nombres de la tercera declinación que pasaron a la primera al añadirseles un sufijo diminutivo (*apic(u)la*, *oric(u)la*, § 33c); nombres de la cuarta declinación con sufijos diminutivos (*acuc(u)la*, *capitia*, § 37b), y nombres de la quinta declinación (*dia*, *materia*, § 32):

acuc(u)la > aguja	oric(u)la > oreja
apic(u)la > abeja	perna > pierna
capitia > cabeza	pira > pera
cepulla > cebolla	porta > puerta
dia > día	vota > boda
materia > madera	

c. A continuación damos algunos ejemplos de la segunda declinación del latín vulgar. Comprenden algunas formas mas-

corpus (*sing.*) > esp. a. cuerpos (*sing.*)  
 pectus (*sing.*) > esp. a. pechos (*sing.*)  
 opus (*sing.*) > esp. a. huebos (*sing.*)  
 tempus (*sing.*) > esp. a. tiempos (*sing.*)

A veces, en español antiguo, se los consideraba “razonablemente” como plurales, y se creaban singulares analógicos, sin *-s*: *cuerpo*, *pecho*, *tiempo* (§ 148b). Todavía en el Siglo de Oro podemos encontrar ejemplos de *pechos* que parecen continuar el singular medieval, aunque parezca un plural enfático. Así lo utiliza a veces Lope de Vega. *Huebos* se perdió. Podemos indicar de pasada, que la *h-* de *huebos* no es, naturalmente, etimológica. Se usaba en español antiguo delante de una *u* vocálica, como signo ortográfico, para ayudar a distinguir la vocal [u] de la consonante [b], ambas gráficamente *u*. Otros ejemplos que suelen presentar una *h-* ortográfica añadida son: *orphanu* > *huérfano*, *ossu* > *hueso*, *ovu* > *huevo*. De todas maneras, también se utilizaban las grafías sin *h-*.

c. Las formas de acusativo neutro de la tercera declinación del latín vulgar que terminaban en consonante (que no fuera *-s*) se reconstruyeron con *-e* final, por analogía con los nombres masculinos y femeninos de la tercera declinación terminados en *-e*, que eran más corrientes en latín vulgar (por ejemplo, LV ac. *hom(i)ne*, *civ(i)tate*, *dolore*, *ratione*, *monte*). En las formas de latín vulgar que indicamos a continuación, las cinco primeras se han formado siguiendo el modelo de *hom(i)ne*.

LC culmen > LV culm(i)ne > cumbre  
 LC examen > LV exam(i)ne > enjambre  
 LC inguen > LV ing(ui)ne > ingle  
 LC nomen > LV nom(i)ne > nombre  
 LC piper > LV pib(e)re > pebre  
 LC sulphur > LV sulph(u)re > (a)zufre

En § 149b se explica cómo, en algunos de los ejemplos que acabamos de ver, *-m(i)ne* pasó a *-mbre*. Las *n - n* de *inguine* se disimilaron en *n-l* (§ 149a).

§ 154. Las declinaciones cuarta y quinta no han dejado huella directa en la evolución normal, porque las dos cambiaron de grupo en latín vulgar. Sin embargo, el español ha tomado

directamente del latín clásico algunas formas cultas de la cuarta y quinta declinación:

*cuarta declinación*

espíritu  
 tribu

*quinta declinación*

especie  
 serie  
 superficie

§ 155a. Por lo general, la forma plural de los substantivos no presentó complicaciones, ya que era casi siempre la evolución directa del acusativo plural del latín vulgar:

amicos > amigos	capitias > cabezas
calles > calles	civ(i)tates > ciudades
dom(i)nos > dueños	portas > puertas
filios > hijos	rationes > razones
pernas > piernas	ver(i)tates > verdades

b. Los singulares neutros que hacían el plural en latín clásico en *-a*, tomaron en español plurales analógicos añadiendo las terminaciones *-os* y *-es*:

LC balneum, *pl.* balnea > baño, baños  
 LC collum, *pl.* colla > cuello, cuellos  
 LC cornu, *pl.* cornua > cuerno, cuernos  
 LC mare, *pl.* maria > mar, mares  
 LC vinum, *pl.* vina > vino, vinos

c. Los plurales neutros de la segunda declinación, que en latín vulgar habían pasado a ser singulares de la primera declinación (§ 28c), construyeron plurales analógicos añadiendo *-s*:

LV cilia > ceja, *pl.* cejas  
 LV festa > fiesta, *pl.* fiestas  
 LV folia > hoja, *pl.* hojas  
 LV pira > pera, *pl.* peras  
 LV signa > seña, *pl.* señas  
 LV vascella > vajilla, *pl.* vajillas  
 LV vota > boda, *pl.* bodas

## RESTOS DE CASOS LATINOS QUE NO SON ACUSATIVO

§ 156. Aunque la inmensa mayoría de los substantivos españoles ha evolucionado a partir del acusativo del latín vulgar, sin embargo existen unos cuantos restos fosilizados que provienen de otros casos y que han conseguido sobrevivir en español.

a. El nominativo se ha mantenido en unos cuantos nombres, casi siempre propios:

Car(o)lus > Carlos  
Deus > Dios  
Marcus > Marcos

Naturalmente, existen algunos nominativos cultos que, en épocas más recientes, se tomaron directamente del latín clásico, como por ejemplo *abdomen*, *carácter*, *cráter*, *crisis*, *espécimen*, *régimen*, *tórax*.

b. El genitivo se ha fosilizado en las formas de unas cuantas palabras, particularmente en los días de la semana:

(dies) martis > martes (esp. a. día de martes)  
(dies) jovis > jueves (esp. a. día de jueves)  
(dies) veneris > viernes (esp. a. día de viernes)

Por analogía con estas formas de la tercera declinación terminadas en *-is*, la forma *(dies) lunae* (= día de la luna), de la primera declinación, pasó a ser *lunis*, lo que dio en español *lunes*. *(Dies) mercuri* (= día de Mercurio) pasó a *mērcuris* y dio *miércoles* en español (con disimilación de *r - r* en *r - l*). (*Sábado* viene del latín vulgar *sābbatu* y *domingo* procede de *(dies) domin(i)cus*, esp. a. *didomingo*.)

Otros restos de genitivo (presentados en cursiva) son:

comite *stabuli* > condestable  
filiu *eclesiae* > feligrés  
*pedis* ungula > pesuña  
forum *judicum* > *Fuero Juzgo*  
Campi *Gothorum* > esp. a. campotoro > Toro

c. Restos casuales han quedado, como veremos, en los pronombres personales.

d. Existen algunos restos del ablativo fosilizados en español como adverbios:

LC hāc horā > esp. a. agora<sup>1</sup>  
LC hōc annō > hogaño  
LC locō > luego  
LC quō modo > como

## PREFIJOS Y SUFIJOS

§ 157. Los sufijos latinos que se han conservado en las lenguas románicas son todos tónicos. Algunos átonos tuvieron que hacerse tónicos para conservarse.

a. Los diminutivos generalizados fueron *-ellu*, que en español evolucionó hasta *iello* > *illo* (§ 81bII), y *-qlu*, que se hizo tónico y produjo *-uelo*. Así, por ejemplo:

anēllu > anillo	fibēlla > hebilla
cannēlla > canilla	filiqlu > hijuelo
rotēlla > rodilla	linteqlu > lenzuelo

b. Solían confundirse a veces los sufijos, y prevalecían los más corrientes sobre los de menos uso:

capellanu (+ -ane) > capellán  
foll(i)catianu (+ -ane) > holgazán  
tosoria (+ -aria) > tijera  
certitudine (+ -um[i]ne) > certidumbre  
cos(ue)tudine (+ -um[i]ne) > costumbre  
mans(u)etudine (+ -um[i]ne) > mansedumbre  
multitudine (+ -um[i]ne) > muchedumbre

El sufijo latino *-aticu* evolucionó normalmente a *-azgo* (§ 125a), como en *afflicu* > *hallazgo*; *portaticu* > *portazgo*. Pero en español medieval se fue también imponiendo el resultado francés *-age*, esp. *-aje*, como se ve en los préstamos siguientes:

1. El español moderno *ahora* proviene de *ad horam*.

*portaje, salvaje, personaje, viaje, montaje...* Ahora funciona también como sufijo español.

La *i* de *tijera* parece deberse a la influencia de la *i* del LV *cisoriu*.

c. Los prefijos son, al contrario de los sufijos, átonos en el español. Tendían, con relativa frecuencia, a confundirse. En nuestros ejemplos se ve cómo el prefijo *ex-* sustituyó a *a(b)s-*:

a(b)scondere > esconder  
ascultare > escuchar

Otra tendencia del latín vulgar era la acumulación de prefijos. Los siguientes ejemplos muestran que *in-* se unió a las palabras:

esagiu > in(e)xagiu > ensayo  
exam(i)ne > in(e)xam(i)ne > enjambre  
exemplu > in(e)xemplu > esp. a. enxiemplo

En el caso de *invierno*, el LV *hibernu* > esp. a. *ivierno*. Luego, quizá por influencia de los sustantivos que empezaban con *in-*, se convirtió en *invierno*.

## ARTÍCULOS

§ 158a. Los artículos determinados españoles derivan de los demostrativos latinos *ille, illa, illud*,<sup>2</sup> que ya en latín vulgar habían empezado a utilizarse con función de artículos determinados (§ 34).

Se ha discutido mucho si el singular masculino procede del nominativo *ille* o del acusativo *illum*. Los plurales proceden del acusativo y los singulares femeninos y neutros pueden proceder normalmente del acusativo también. Es fundamental tener en cuenta que la acentuación PROCLÍTICA y la posibilidad de aparecer ante vocal o consonante configuraron su evolución fonética (demostrativos en § 162). Por ello, la *-ll-* intervocálica se simplificó y perdieron la sílaba inicial o la final (aféresis o apócope):

2. Hay que señalar que la forma neutra (*illud*) se mantuvo, en contra de la tendencia de los neutros a perderse.

LC *illum* > LV *elo* > esp. a. *lo, el, ell* > esp. m. *el*  
LC *illa* > LV *ela* > esp. a. *ela, la, el* > esp. m. *la (el + á-)*  
LC *illos* > LV *elos* > esp. a. *elos, los* > esp. m. *los*  
LC *illas* > LV *elas* > esp. a. *elas, las* > esp. m. *las*  
LC *illud* > LV *elo* > esp. a. *elo, lo* > esp. m. *lo*

b. Hay que decir unas palabras sobre el artículo femenino *el* (como en *el águila, el agua, el alma*); no procede de la segunda sílaba de *illa*, sino de la primera, como aparece en los ejemplos siguientes:

illa aqua (= [ilákwa]) > el agua  
illa aquila (= [ilákwila]) > el águila  
illa anima (= [ilánima]) > el alma

Debido a la fusión de las dos *aes*, la vocal inicial tuvo que mantenerse. Luego la solución *el*, femenino, se extendió a otras palabras que empezaban por vocal, especialmente tónica. Dentro de la utilización de *el* femenino había una escala. De menos a más: a) con palabras empezadas con cualquier vocal átona; b) con palabras empezadas con cualquier vocal tónica; c) con palabras empezadas con *a* átona; d) con palabras empezadas con *a* tónica. Con estas últimas todavía se utiliza hoy día *el* femenino.

§ 159. Los artículos indeterminados que empezaron a utilizarse en latín vulgar (§ 34) se mantuvieron en español:

unu > uno                      una > una  
unos > unos                    unas > unas

*Unu* se apocopó por su naturaleza proclítica (es decir, su utilización como palabra no acentuada que forma unidad con la palabra que la sigue). Cuando no es proclítica, la sílaba se restablece: *Yo tengo un coche bueno pero él tiene uno mejor*.

## ADJETIVOS

§ 160. El acusativo de los adjetivos del latín vulgar pasó al español sin complicaciones.

a. El primer grupo de adjetivos, procedente de la primera y

de la segunda declinaciones, mantiene las diferencias entre masculino y femenino (§ 35a):

bibitu,-a > beodo,-a	delicatu,-a > delgado,-a
bonu,-a > bueno,-a	duru,-a > duro,-a
extraneu,-a > extraño,-a	limpidu,-a > limpio,-a
fedu,-a (LC foedum) > feo,-a	mutu,-a > mudo,-a
formosu,-a > hermoso,-a	securu,-a > seguro,-a
grossu,-a > grueso,-a	strictu,-a > estrecho,-a
integu,-a > entero,-a	tepidu,-a > tibio,-a

b. La segunda clase de adjetivos, originada en la tercera declinación latina, no tiene generalmente diferencia de género:

alegre (LC <i>alacrem</i> ) > alegre	grande > grande
crudele > cruel	paup(e)re > pobre
equale > igual	regale > real
fidele > fiel	stab(i)le > estable
felice > feliz	turpe > torpe
forte > fuerte	vir(i)de > verde

Delante de un nombre, *grande* se convierte en *gran*, que es un resto del español antiguo *grant*. Los adjetivos de la tercera declinación que terminaban en *-or* en español antiguo empezaron a tomar una *-a* análoga en femenino alrededor de 1300, como se indica en § 153a. Algunos ejemplos son *entendedora*, *habladora*. Igual se comportaron los en *-ón* (*ladrona*); en *-án* (*holgazana*); en *-ensis* > *és* (*burguesa*).

c. El adjetivo *mismo* exige una breve explicación. En latín clásico, para decir "yo mismo" sólo se necesitaba añadir la partícula *-met* al pronombre: *egomet*. Para dar más énfasis se añadía el adjetivo *ipse*: *egomet ipse*. Con el paso del tiempo el énfasis original de esta construcción se perdió, y se pasó a utilizar el superlativo de *ipse*: *egomet ipsissimus*. Esta construcción se usaba tanto, que *metipsissimus* podía utilizarse solo. (En latín clásico *-met* no podía separarse del pronombre al que iba unido). En latín vulgar esta forma evolucionó a algo como: *medississimu*. En este punto tuvo lugar la HAPLOLOGÍA. La haplogía, que está relacionada con la disimilación, es el proceso según el cual dos sílabas iguales (*iss-iss* aquí) se reducen a una, y en este caso concreto dan *medis(i)mu*. Evolucionó a *medesmo*

(*-iss(i)mu* tenía una *γ* en latín) > *meismo* > *mismo*, *mesmo*. Esta última forma, corriente en época de Cervantes, es igualmente común en el portugués actual. La alternancia *mismo*, *mesmo*, procedentes de *meismo*, es normal en español, como nos muestran *mitad* y *metad*, procedentes de *meitad*, *tinada* y *tenada* procedentes de *teinada*.

§ 161a. Los sistemas de comparativo y de superlativo no han cambiado básicamente desde la época del latín vulgar (§ 37):

magis fidele > más fiel
magis felice > más feliz
magis securu > más seguro
il magis fidele > el más fiel
la magis felice > la más feliz
las magis securas > las más seguras

*Magis* evolucionó a *mais*, *meis*, *mes*, en español antiguo. Sin duda su normal utilización proclítica contribuyó a que se generalizara la forma *más*.

b. Los comparativos irregulares (§ 38) evolucionaron normalmente:

maiore > mayor	minore > menor
meliore > mejor	peiore > peor

Hay que señalar que estos adjetivos de la tercera declinación, aunque terminan en *-or*, no aceptaron formas femeninas análogas en *-a* (en contra de §§ 153a, 160b).

#### DEMOSTRATIVOS

§ 162. Los demostrativos que se mantuvieron en latín vulgar (§ 39ab) pasaron al español. El nominativo dio lugar a las formas singulares españolas, mientras que del acusativo procede el plural en español.

<i>Singular nom.</i>	<i>Plural ac.</i>
iste > este	istos > estos
ista > esta	istas > estas

ipse > ese	ipsos > esos
ipsa > esa	ipsas > esas
istud > eso	
ipsud > eso	

Se ha sugerido que la etimología de *aquel*, *-la*, *-los*, *-las* podría ser *eccu ille*. (*Ecce*, con el sentido de *he aquí*, se usaba en latín clásico delante de los demostrativos para dar énfasis, y sus derivados lingüísticos son corrientes en formas modernas de francés y de italiano). Al llegar a la fase *equel*, la *e* inicial pudo haberse disimilado en *a*. También se ha pensado en *atque ille*, que fonéticamente habría evolucionado más fácilmente a *aquel*, pero desde el punto de vista semántico esta solución es débil (*atque* = “e incluso”). Otras propuestas razonables parten de *atque eccum ille*.

#### RELATIVOS E INTERROGATIVOS

§ 163. Las únicas formas que se mantuvieron de la declinación de los pronombres relativos e interrogativos del latín vulgar fueron el nominativo singular *qui*, el acusativo singular *quem*, y el neutro singular *quid*. Las dos primeras evolucionaron a *qui* y *quién* en español, y *ambas* se utilizaban indistintamente en español antiguo como nominativo o acusativo, como *masculino* o *femenino* y como singular o plural. Sin embargo, en el siglo XIV *qui* cayó en desuso. En el siglo XVI se creó un plural analógico para *quién*: *quienes*. Tanto *qui* como *quien* se reservaban para personas. En cambio *que* < *quem* átono se usaba para personas y cosas (§ 40).

El neutro *quid* originó el interrogativo *qué*. Además de su empleo interrogativo fue capaz de ir tomando otro tipo de funciones, quizá por haber desplazado al relativo neutro *quod* en latín vulgar, las relacionadas con la subordinación oracional:

melius quam > mejor que
credo quia > creo que (§ 74c)

Otros interrogativos evolucionaron sin especiales complicaciones:

de unde > dónde
quale > cuál
quando > cuándo
quomodo > cómo

Todos ellos podían utilizarse como relativos.

#### PALABRAS AFIRMATIVAS Y NEGATIVAS

§ 164. Cierta número de palabras afirmativas y negativas del latín clásico (pronombres indefinidos, adverbios) no pasaron al latín vulgar y se formaron otras nuevas. El participio pasado *natum* (nacido) utilizado con sentido negativo dio lugar a dos de las nuevas formas en Hispania: *(res) nata* > *(cosa) nada* (‘cosa nacida’), en sustitución del LC *nihil* (nada). El latín clásico *nemo* se sustituyó por una forma de *(hominem) natum* > *(hombre) nado* > nadie. El LC *etiam* se sustituyó por *tam bene*.

aliqu’unu > alguno	(res) nata > nada
aliquod > algo	semper > siempre
iam > ya	tam bene > también
numquam > nunca	tota via > todavía

Para completar esta lista, hay tres palabras que requieren alguna explicación: *alguien*, *ninguno* y *nadie*.

El latín clásico *aliquem* habría dado \**algue* en español, pero su acento cambió basándose en el modelo del monosílabo tónico *quem* (esp. *quién*), y dio *alguién*. Para unificar su acento con *algo* (y con otras palabras positivas y negativas) el acento se desplazó después a su lugar de origen: *álguien*.

*Nec* + *unu* forma la base de *ningun(o)*. *Necunu* debería normalmente haber evolucionado a *neguno*, raro en español medieval. Hay que explicar dos cosas: la *n* que produjo las formas *nenguno* y la cerrazón de la inicial *ninguno*. De entre todas las explicaciones barajadas parecen las más probables las siguientes: la sílaba inicial muestra *i* porque otra negación muy general la tenía: *ni*. La *n* se explica por *nin* frecuente como *ni* y por *non* que alternaba con *no*. Por tanto, la analogía transformó doblemente a *neguno* para pasar a *ninguno*. En la Edad Media abundaban formas como *nenguno* y en algunas zonas *niguno*.

Para explicar *nadie* se han construido hipótesis poco convincentes. En algún caso se supone que *nado* + *-i* de *qui* evolucionó hasta *nadi*, mientras que *nado* + *-e* de *ese*, *este* evolucionó hasta *nade*. El cruce de *nadi* y *nade* (bastante raro en español antiguo) produjo *nadie*. Más razonable parece pensar que *nado* continuó en las construcciones *omne nado*, *muger nada* mientras se desarrollaba *nadi* < (*homines*) *nati*. *Nadi* era la forma más general en la Edad Media. Por otro lado, existían una serie de pronombres indefinidos como *otro*, con las variantes *otri* < LC *altēri* (dat.) y *otre*, que sí se cruzaron en *otrie*. Otros pronombres que mostraban estructura paralela eran *algo*, *algui*, *alguien*, *o que*, *qui*, *quien*. No es raro, por tanto, que aparecieran formas tipo *nado*, *nadi*, *nade*, *nadie*. Tampoco es de extrañar que aparecieran formas como *nadie* ~ *nadien*, si alternaban *algui* ~ *alguien*, *qui* ~ *quien*.

#### POSESIVOS

§ 165. En español moderno los posesivos evolucionaron en dos grupos diferentes: un grupo *tónico* en el que el posesivo es una palabra tónica que va a continuación del nombre (*este amigo mío*), y un grupo *átono* en el que el posesivo precede al nombre en posición proclítica (*mi amigo*). En español moderno los dos grupos se diferencian en todas sus formas, excepto *nuestro* y *vuestro*, aunque en español antiguo las formas de ambos grupos eran bastante parecidas, como se puede apreciar en el cuadro que incluimos más abajo. Se podría incluso afirmar que las formas del grupo "átono" eran en realidad tónicas en español antiguo, puesto que *meu*, *nostru* y *vostru*, **átonas** en latín vulgar, tienen una evolución *tónica* en español antiguo.

En latín clásico los posesivos tenían el mismo timbre vocálico en masculino y en femenino singular (*mēum*, *mēam*; *tūum*, *tūam*; *sūum*, *sūam*), mientras que en latín vulgar la forma femenina presentaba una vocal cerrada (*mēu*, *mea*; *tūu*, *tua*; *sūu*, *sua*);<sup>3</sup> este rasgo afectó a los dos grupos de posesivos.

3. En § 80b encontramos un ejemplo atestiguado en el que la *e* de *vea* se cerró efectivamente en *i*, y dio *via* en latín vulgar.

a. Los posesivos tónicos evolucionaron de la siguiente manera del latín vulgar al español antiguo:

<i>mēu</i> > mieo (§ 81bi) > esp. a. mío	<i>mēos</i> > mieos > esp. a. míos
<i>mēa</i> > esp. a. mía	<i>mēas</i> > esp. a. mías
<i>tūu</i> > esp. a. to	<i>tūos</i> > esp. a. tos
<i>tūa</i> > esp. a. tua	<i>tūas</i> > esp. a. tuas
<i>sūu</i> > esp. a. so	<i>sūos</i> > esp. a. sos
<i>sua</i> > esp. a. sua	<i>sūas</i> > esp. a. suas
<i>nōstru</i> > esp. a. nuestro	<i>nōstros</i> > esp. a. nuestros
<i>nōstra</i> > esp. a. nuestra	<i>nōstras</i> > esp. a. nuestras
<i>vōstru</i> > esp. a. vuestro	<i>vōstros</i> > esp. a. vuestros
<i>vōstra</i> > esp. a. vuestra	<i>vōstras</i> > esp. a. vuestras

En español antiguo, *mío* existía junto con *mió*, y en realidad este último era una evolución normal, paralela a la de *Deus*, que dio *Diéos*, *Díos*, y finalmente *Diós*.

La forma femenina de los posesivos era dominante; basándose en las formas *tua(s)* y *sua(s)*, el español antiguo *to(s)* y *so(s)* pasó a ser *tuo(s)* y *suo(s)*. Estas últimas formas se encuentran raramente en la lengua antigua debido a otra analogía que afectó rápidamente a todas las formas. *Tuyo(s)* y *suyo(s)* se crearon por analogía de *cuyo* desde el principio de la lengua.

b. En latín vulgar, algunos de los posesivos átonos empezaron a apocoparse por el uso proclítico; en español antiguo evolucionaron de la siguiente manera:

<i>mēu</i> > esp. a. mío	<i>mēos</i> > esp. a. míos
<i>mēa</i> > esp. a. mīe, mi	<i>mēas</i> > esp. a. mīes, mis
<i>tūu</i> > esp. a. to	<i>tūos</i> > esp. a. tos
<i>tūa</i> > esp. a. tūe, tu	<i>tūas</i> > esp. a. tūes, tus
<i>sūu</i> > esp. a. so	<i>sūos</i> > esp. a. sos
<i>sua</i> > esp. a. sūe, su	<i>sūas</i> > esp. a. sūes, sus
<i>nōstru</i> > esp. a. nuestro	<i>nōstros</i> > esp. a. nuestros
<i>nōstra</i> > esp. a. nuestra	<i>nōstras</i> > esp. a. nuestras
<i>vōstru</i> > esp. a. vuestro	<i>vōstros</i> > esp. a. vuestros
<i>vōstra</i> > esp. a. vuestra	<i>vōstras</i> > esp. a. vuestras

Se ha dicho que la *e* final de *mīe(s)* se debe a una asimilación de la *-a*, acercándose al punto de articulación de la *i*. En ese caso, la *e* final de *tūe(s)* y de *sūe(s)* sería analogía de *mīe(s)*. Aquí también las formas masculinas se ajustaron a la evolución femenina y dieron *mi(s)*, *tu(s)* y *su(s)* en español moderno.

*Nuestro* y *vuestro*, que no presentaban problemas de hiato que complicaran su desarrollo, evolucionaron de la misma manera en los dos grupos de posesivos.

### NUMERALES

§ 166. Los números cardinales presentan pocos problemas en su evolución del latín vulgar al español. En latín vulgar los números *unu*, *duos* y *tres* eran declinables (§ 45a), mientras que en español solamente *uno* hace diferencia entre masculino y femenino.

a. La evolución de 1-10 del latín vulgar al español es la siguiente:

unu, -a > uno, -a	sex > seis
duos > dos	sette > siete
tres > tres	octo > ocho
quatt(u)or > cuatro	nove > nueve
cinque > cinco	dece > diez

Los problemas fonéticos de *cuatro* y de *seis* se explican en § 148a. La *o* final de *cinco* es analogía de la *-o* de *cuatro*.

b. La evolución de 11-19 es la siguiente:

und(e)ce > once	(sed(e)ce > esp. a. seze)
dodece > doce	dece et sex > dieciséis
tred(e)ce > trece	dece et sette > diecisiete
catordece > catorce	dece et octo > dieciocho
quind(e)ce > quince	dece et nove > diecinueve

En la Edad Media era normal la forma *dodze* o *tredze*, con la *-e* mantenida de acuerdo con § 95c, pues las dos consonantes impedían su caída. Esta explicación es más sencilla que la propuesta por Hanssen. El LC *quattuordecim* debió de perder el *wau* intermedio por disimilación (como en LC *quattuor* > LV *quattor*), y más tarde cayó el inicial, como era normal delante de todas las vocales excepto de la *á*.

c. Las decenas presentan la siguiente evolución desde el latín vulgar:

viinte > veinte > véinte	sexaéнта > sesenta
triinta > treinta > tréinta	settaéнта > setenta
quaraéнта > cuarenta	octaéнта > ochenta
cinquaéнта > cincuenta	novaéнта > noventa

*Veinte* y *treinta* necesitan una explicación. La *-i* final larga del LC *vīgīntī*, según lo indicado en § 110, cerró en *i* la vocal breve tónica *ī* (que normalmente habría evolucionado a *e*). La *i* final después pasó a *e* y el resultado fue *viinte*. Entonces se produjo una disimilación de las dos *i* (como en LC *vīcīnum* > esp. *vecino*, § 149d). En este punto, el acento se desplazó a la vocal más abierta y dio *véinte*. El LC *trīgīnta* > LV *treginta*, por influjo de *tres*, en la mayor parte de la Rumania.

d. Las centenas plurales derivan del acusativo plural (con terminaciones *-os* y *-as*), por lo que diferencian el masculino del femenino. La invariabilidad de *ciento* proviene del latín clásico.

centu > ciento, cien
ducentos > esp. a. dozientos > doscientos
trecentos > esp. a. trezientos > trescientos
quadrīngentos (forma perdida)
quīngentos > quinientos
sexcentos > seiscientos
septēngentos (forma perdida)
octīngentos (forma perdida)
nōngentos (forma perdida)

*Cien* procede de la forma apocopada del español antiguo *cient* (del mismo modo que *gran* moderno es una continuación del español antiguo *grant*).

Por analogía con *dos* y *tres*, *dozientos* y *trezientos* dieron *doscientos* y *trescientos*. *Quinientos* y *seiscientos* reflejan la evolución normal.

Las restantes formas (*cuatrocientos*, *setecientos*, *ochocientos*, *novocientos*) son analogía de los números básicos a los que se añade *-cientos*. Hay que señalar que *sete-* y *nove-* pierden el diptongo de la tónica > vocal protónica.

e. En los millares, *mille* dio *mil* de acuerdo con lo visto en § 133b. Como es natural, se perdió el sistema latino de utilizar el plural neutro para los múltiplos de mil (*duo milia*, *tria milia*, § 45d). En español antiguo se expresaban de la siguiente ma-



nera: *dos veces mil, tres veces mil*. El español moderno ha eliminado la palabra *veces*: dos mil, tres mil. *Millón* es una "invención" italiana (it. *milione*) que el español tomó en la Edad Media.

§ 167. El sistema ordinal español presenta formas cultas a partir de *sexto*. LC *primus* y *tertius* se sustituyeron por LV *primariu* y *tertiariu*.

primariu > primero	sextu > sexto (cultismo)
secundu > segundo	septimu > séptimo (cultismo)
tertiariu > tercero	octavu > octavo (cultismo)
quarto > cuarto	nonu > nono (cultismo); noveno
quintu > quinto	decimu > décimo (cultismo)

La lengua antigua ofrecía soluciones tradicionales sustantivadas para *septimu* > *sietmo*; *octavu* > *ochavo*; *decimu* > *diezmo*. (*Ochavo* se mantiene en la lengua como nombre de moneda antigua, y *diezmo* con el sentido de 'impuesto'). En español medieval existía el sufijo adjetivo ordinal *-eno*, que se aplicaba, sobre todo, desde *siete* en adelante: *seteno*, *noveno*, *deceno*, *centeno*. En latín *-ēnus* era un sufijo para formar los numerales distributivos. En castellano se han conservado *docena* y *decena* con ese sentido. Como ordinal normal, *noveno*.

#### PRONOMBRES PERSONALES

§ 168a. Los pronombres personales proceden del latín vulgar con algunas evoluciones interesantes. Los pronombres personales de primera y segunda personas pasaron del latín vulgar al español de la siguiente manera:

ego > ieo > yo (§§ 7a, 41a)
tu > tú
nos > esp. a. nos (+ otros) > nosotros
vos > esp. a. vos (+ otros) > vosotros

*Nos* y *vos* tenían formas paralelas enfáticas en latín vulgar, *nos alteros* y *vos alteros*, y fueron finalmente estas formas las que

se impusieron en español frente a *nos* y a *vos*, a finales de la Edad Media.

*Usted* procede de una evolución desgastada de *vuestra merced*, pasando por formas abreviadas como *vuasted*, *vuested* y *vusted*. *Ustedes* es un plural analógico sobre la base de *usted*.

b. En latín vulgar, los pronombres objeto de primera y segunda personas que procedían del dativo del latín clásico (esp. *mí, ti, nos, os*) pasaron a ser pronombres **tónicos** de objeto directo o indirecto, mientras que los pronombres que procedían del acusativo del latín clásico (esp. *me, te, nos, os*) pasaron a ser pronombres **átonos** de objeto directo o indirecto (§ 41b). El español ha mantenido siempre esta distinción salvo en el plural del grupo **tónico**, donde se han sustituido los pronombres sujeto:

tónicos (< dat. latino)	átonos (< ac. latino)
mi > mí	me > me
ti > ti	te > te
nos > (nosotros)	nos > nos
vos > (vosotros)	vos > os

Suele pensarse que el pronombre *os* < *vos* se desarrolló en el sintagma *imperativo + vos*. La forma *vos* dura hasta el XVI, en competencia desde el final de la Edad Media con *os*. Efectivamente, los primeros casos de *os* aparecen tras un imperativo acabado en *-d*. En la Edad Media, por tanto, *venid-vos* > *venid-os*; luego se extendió *os* a otros contextos.

c. Los pronombres de tercera persona procedían de los mismos demostrativos latinos que dieron origen a los artículos determinados (§ 158a), aunque con algunas variantes. Las distinciones del latín vulgar entre pronombres dativos y acusativos se mantuvieron en los pronombres átonos españoles, contrariamente a lo que sucedió con los del apartado anterior:

nominativo	sujetos	tónicos
il(le) > él		illos > ellos
illa > ella		illas > ellas
illud > ello		
dativo	c. indirecto	átonos
(il)li > le		(il)lis > les

acusativo	c. directo	átonos
(il)lu > lo		(il)los > los
(il)la > la		(il)las > las

Los pronombres de dativo y de acusativo perdieron una sílaba debido a su naturaleza proclítica, mientras que los pronombres de nominativo (salvo *él*) no la perdieron, ya que pertenecían al grupo tónico. Parece ser que en *il(le)* la *e* final cayó por la tendencia de la *e* final a perderse (§ 95, 133b).

Las formas del LC *illī*, *illīs*, por su posición proclítica pasaron a *(il)li*, *(il)lis*; en algunos dialectos que conservaban la *-ī* latina y en el castellano primitivo se conservan formas así. Pero en el castellano, el resultado normal fue *le*, *les*. Todavía en el siglo XI hay formas como *eli*.

Como *todas* las formas de dativo y de acusativo se usaban para los pronombres objeto *átonos* de tercera persona (al contrario de los pronombres del singular vistos en el apartado b), los pronombres objeto *tónicos* se tomaron de la única fuente que quedaba, es decir, de los pronombres sujeto. Un resultado afortunado de esta utilización de los pronombres sujeto es que permite distinciones que de otra forma serían imposibles: *lo veo a él*; *lo veo a usted*.

d. Un caso especial lo plantea *se lo* (= *le lo*).

En latín clásico, cuando dos pronombres se empleaban juntos, el dativo precedía al acusativo: LC *illī illum*, *illī illās*. Al evolucionar estos pronombres, el primero perdió su vocal inicial, como ocurría cuando se empleaba solo. Pero, como los dos pronombres estaban prácticamente fusionados, la *i* "inicial" del segundo no se perdía, puesto que en realidad no se encontraba en posición inicial. Al llegar a este punto los ejemplos en latín vulgar podrían haber sido *lielo*, *lielas*. Al evolucionar al español antiguo, la *l* inicial + yod pasó a [ʒ] (como lo hizo ese mismo grupo en *muliere* > esp. a. *muger* [muʒer]). Los grupos antes citados dieron en español antiguo *gelo*, *gelas* [ʒélo], [ʒélas]. Desde la etapa *gelo* la [ʒ] > [s], como *cogecha* > *cosecha*. Bien por un proceso disimilatorio, o bien por la analogía con el reflexivo *se*, que se presenta en modelos sintácticos similares: *gelo dio* (*a él*), *se lo dio* (*a sí mismo*). La forma plural, que se ve en unos cuantos ejemplos de español antiguo en variantes de *leslo* (evolución normal puesto que en el plural no había yod, como la

había en singular), cedió pronto ante la forma singular y en español moderno *se lo* significa tanto *le + lo* como *les + lo*.

e. *Mecum*, *tecum* y *secum* (§ 41a) evolucionaron a *micum*, *ticum* y *sicum* en el latín vulgar de Hispania, según lo que hemos visto en el apartado b) referente a los pronombres objeto tónicos. Éstos evolucionaron fonéticamente de manera normal y dieron *migo*, *tigo* y *sigo*. De esta manera, *cum* se transformó en *go* y no se parecía en nada a *con* (que era el resultado fonético normal cuando se utilizaba sola, § 147b), se colocó la preposición *con* como prefijo ante *migo*, *tigo* y *sigo*, y aparecieron las formas modernas *conmigo*, *contigo* y *consigo*; es decir, en estas formas de español moderno el LC *cum* está representado *dos veces*.

## EVOLUCIÓN DE LOS VERBOS

### Infinitivos

§ 169. La mayoría de los infinitivos del latín vulgar pasaron al español con pocas complicaciones.

a. Los infinitivos en *-are* del latín vulgar pasaron sin problemas al español. *Fabulare*, que figura entre los ejemplos que damos a continuación, era deponente en latín clásico (§ 62):

circare > cercar	lucrare > lograr
clamare > llamar	mesurare > medir (cultismo)
coll(o)care > colgar	mutare > mudar
fab(u)lare > hablar	nom(i)nare > nombrar
lavare > lavar	plicare > llegar

Los verbos en *-ar* son los más comunes y los más regulares de la lengua y prácticamente todos los verbos nuevos que se han introducido en español son verbos en *-ar*, se derivan de adjetivos o de sustantivos, o sean de nueva creación: *fechar*, *fotografiar*, *fusilar*, *mejorar*, *igualar*, *ocasionar*, *telefonar*.

b. Los infinitivos en *-ere* del latín vulgar pasaron generalmente al español sin dificultad. La lista que presentamos a continuación incluye ejemplos de la segunda conjugación (*-ēre*) del latín clásico, de la tercera (LC *bībēre*, *cumēdēre*, *fācēre*, *légēre*,

*pónere, sápere, véndere*, § 51a), algunos incoativos del latín vulgar que derivan de infinitivos clásicos no incoativos (LC *carēre*, *oboedire*, *parēre*, § 49), y el infinitivo del latín vulgar *potere*, que sustituyó al irregular LC *posse* (§ 63):

bibere (LC *bibere*) > beber  
 carescere (LC *carere*) > carecer  
 comedere (LC *cumedere*) > comer  
 debere > deber  
 facere (LC *facere*) > hacer  
 jacere > yacer  
 habere > haber  
 legere (LC *legere*) > leer  
 obedescere (LC *oboedire*) > obedecer  
 parescere (LC *parere*) > parecer  
 ponere (LC *ponere*) > poner  
 potere (LC *posse*) > poder  
 sapere (LC *sapere*) > saber  
 tenere (LC *tenere*) > tener  
 timere (LC *timere*) > temer  
 vendere (LC *vendere*) > vender  
 videre > ver

El infinitivo del latín vulgar *essere* (que sustituyó al LC *esse*) no pasó al español; el español *ser* deriva del LC *sedere*, 'sentarse'.

De forma curiosa, en español quedan dos restos de los infinitivos en *-ere* del latín clásico. LC *facere* y *dicere* tienen una doble evolución. Cambiaron de grupo de conjugación y dieron en español antiguo *fazer* y *dizer*. Pero también podían mantener el acento del latín clásico y evolucionaron así:

*facere* > *fac're* > *fajre* > *fer*  
*fá(ce)re* > *fare* > esp. a. *far* > dialectalmente *har*  
*dicere* > *dic're* > *dire* > *dir*

De estos infinitivos se derivarían los tiempos del futuro y condicional en español: *har-é*; *dir-ia*. No hay que recalcar que las posibles evoluciones son muy discutidas. Se puede suponer, en un momento dado, agrupaciones tipo *fac're* o *dic're* que produjeran la YOTIZACIÓN de la *c*.

c. Los infinitivos en *-ire* del latín vulgar pasaron también

intactos al español. Los ejemplos que damos a continuación incluyen los infinitivos del latín vulgar que procedían de la tercera conjugación en *i* del latín clásico (*fugiō*, *-ere*; *pariō*, *-ere*; *recipiō*, *-ere*, § 51b); los que derivan de la segunda conjugación clásica (LC *implere*, *lucere*, *ridere*, § 51c); y el LV *sequire*, que era deponente en latín clásico (*sequi*, § 62):

audire > oír  
 dormire > dormir  
 fugire (LC *fugere*) > huir  
 glattire > latir  
 implire (LC *implere*) > henchir  
 lucire (LC *lucere*) > lucir  
 parire (LC *parere*) > parir  
 partire > partir  
 recipire (LC *recipere*) > recibir  
 ridire (LC *ridere*) > reír  
 sentire > sentir  
 sequire (LC *sequi*) > seguir  
 servire > servir  
 venire > venir

Hubo otros infinitivos de la tercera conjugación del latín clásico que se añadieron a los anteriores, por motivos que no están claros: LC *cingere* > esp. *ceñir*, LC *ringere* > esp. *reñir*, LC *spargere* > esp. *esparcir*. Los infinitivos en *-ere* que tenían una *i* en la raíz pasaron también al grupo de verbos en *-ir* en español, a veces con disimilación vocálica (§ 149d), como los dos primeros ejemplos que damos a continuación: LC *dicere* > LV *dicire* > esp. *decir*, LC *frigere* > LV *frigire* > esp. *freír*, LC *scribere* > esp. *escribir*, LC *vivere* > esp. *vivir*. El latín clásico *petere* tenía dos perfectos, uno basado en los verbos en *-ire* (*petivī*) y otro basado en los verbos en *-ere* (*petuī*). Debido probablemente al perfecto en *-ire*, el resto de la conjugación cambió también al modelo en *-ire*: esp. *pedir*.

#### Presente de indicativo

§ 170. Aunque el presente de indicativo forma un sistema muy consistente en español moderno, tiene una historia bastante compleja. En realidad, la mayoría de las complicaciones

históricas surgieron precisamente porque la lengua regularizaba las conjugaciones y mantenía una raíz constante en todo el presente de indicativo. La presión para regularizar las conjugaciones fue tan grande que impidió en muchos casos la evolución **regular** fonética. Aunque las leyes fonéticas en sí son bastante fuertes, las leyes morfológicas son seguramente todavía más fuertes y de mayores consecuencias, como se verá en los apartados que siguen.

Por ahora daremos modelos de conjugaciones que no presentan complicaciones después de la fase del latín vulgar. En los casos en que la forma del latín vulgar difiera de manera significativa de la forma clásica, se indicará esta última entre paréntesis. En § 50 se ofrecen ejemplos de las conjugaciones completas del presente de indicativo del latín clásico.

§ 171a. Ésta es la evolución normal del presente de indicativo del latín vulgar al español de los verbos que proceden de la primera conjugación, *-āre*, del latín clásico:

clāmo > llamo  
 clāmas > llamas  
 clāmat > llama  
 clamāmus > llamamos  
 clamātis > esp. a. llamades > esp. m. llamáis  
 clamānt > llaman

El único rasgo que merece un comentario en estos ejemplos es el que se refiere a la evolución de *-atis* > *-áis*. En el siglo XV, la [-d̄-] de *-ades* desapareció, y la *-e-*, en hiato, se convirtió en *yod*. Normalmente, la *-d-* procedente de *-t-* no se pierde en español en otras ocasiones, pero es la más débil de las consonantes procedentes de las oclusivas latinas intervocálicas. Modernamente *-ado*, participio de la primera conjugación, llega hasta *-ao*, *-au* (§ 125a). La pérdida de *d-* afectó también a las terminaciones de las restantes conjugaciones (*-ētis* > *-éis*, *-itis* > *-is*).

b. Como muchos verbos en *-are* por la alternancia acentual (4 formas tónicas y 2 átonas) cambiaban la *o* tónica en *u* e o la *ē* por *ie*, algunos verbos que tenían una *ō* o una *ē* en latín clásico diptongaron por analogía:

LC cōlat > cuela  
 LC mōnstrat > muestra  
 LC pēnsat > piensa  
 LC rīcat > riega  
 LC sēminat > siembra

Por otro lado, algunos verbos que en la Edad Media habían diptongado, presentan una vocal simple en español moderno, por la influencia analógica de otras formas sin diptongo:

LC confōrtat > esp. a. confuerta > esp. m. conforta  
 LC vētat > esp. a. vieda > esp. m. veda  
 LC tēperat > esp. a. tiempla > esp. m. templa

En algunos casos la alternancia se puede buscar en los cultismos:

LC intēgrat > esp. a. entriega-entrega  
 LC praesto > esp. a. priesto-presto

c. El verbo del latín clásico *lĕvāre* presenta una evolución interesante. En español antiguo evolucionó a *levar* y se conjugó *lievo*, *lievas*, *lieva*, *levamos*, *levades*, *lievan*. Es fácil observar que en las cuatro formas con *li-* se palatalizó esta tardía *lj-* en [j-], y después toda la conjugación, incluidos el infinitivo y las formas de *nosotros* y *vosotros*, cambiaron a [j-], grafía *ll-*.

d. El verbo del latín clásico *jōcāre* presenta un auténtico problema fonético en la forma de español moderno *jugar*. Se ha sugerido que el verbo podría haber derivado del LV *jugare*, pero, en este caso, el resultado en español antiguo no habría tenido formas diptongadas (como en realidad tuvo: esp. ant. *juego*, *juegas*, *juega*, *juegan*). Se ha sugerido también que *jugar* representa una evolución leonesa en la que el diptongo *ue* se ha generalizado al infinitivo y luego se ha simplificado en *u*; el LV *jocare* habría dado en leonés *juegar* y luego se habría simplificado en *jugar*, como ocurre con el LV *contare*, leonés *cuentar* > *cuntar*. Sin embargo, parece poco probable que un verbo tan corriente haya tenido que tomarse prestado de un dialecto.

§ 172. Ésta es la evolución normal del latín vulgar al español del presente de indicativo de los verbos que proceden de la segunda conjugación del latín clásico, *-ēre*:

débo (LC *debeō*) > debo  
 débes > debes  
 débet > debe  
 debémus > debemos  
 debétis > esp. a. debes > esp. m. debéis  
 débent > deben

Ya se ha señalado en § 51c que en algunos verbos la *-e-* de la primera persona del singular del latín clásico se convirtió en yod, y que ello tuvo como resultado que estos determinados verbos pasaran a la conjugación en *-ire* en latín vulgar. En los casos normales, como los de la conjugación modelo que acabamos de dar, la *-e-* se perdía sin dejar rastro. Otros ejemplos son:

LC *tímeō* > esp. *temo*  
 LC *mōveō* > esp. *nuevo*

El LC *videō* evolucionó de forma normal a *veyo* en español antiguo (§ 129a). Más tarde se perdió la yod procedente de la *dj*, absorbida en la vocal anterior, y apareció la forma moderna *veo*. Al simplificarse el infinitivo en *ver*, las demás formas se basaron en el nuevo infinitivo: *ves*, *ve*. Pero en español antiguo también existían las formas *vees*, *vee*, *veer* < LC *vides*, *videt*, *videre*. Esta evolución contrasta con la de *lee* y *cee*, en § 173b, donde el infinitivo se basa en las formas conjugadas.

§173a. Ésta es la evolución normal del latín vulgar al español de los verbos que proceden de la tercera conjugación del latín clásico, *-ĕre*:

bíbo > bebo  
 bíbes (LC *bibis*) > bebes  
 bíbet (LC *bibit*) > bebe  
 bibémus (LC *bibimus*) > bebemos  
 bibétis (LC *bibitis*) > esp. a. bebedes > bebéis  
 bíbent (LC *bibunt*) > beben

En zonas del latín vulgar, la tercera conjugación del latín clásico se mezcló con la segunda conjugación clásica (§ 51a); tomó de la segunda conjugación no solamente las terminaciones verbales, sino también el acento. (§ 52.)

b. Con la caída de la *d* y de la *g* intervocálicas (§§ 129a,

130a), se habría podido esperar que LC *crēdit* hubiera dado en español *\*crey* y que *lēgit* hubiera dado *\*ley*, según lo expuesto en §95d. Sin embargo, la situación no es en este caso igual al de *gree* > *grey*, porque el morfema verbal, *-it* > *-e*, evolucionó de acuerdo con las otras formas verbales. El nivel morfológico interfirió aquí en el nivel fonológico.

§ 174. Ésta es la evolución normal del latín vulgar al español del presente de indicativo de los verbos que proceden de la cuarta conjugación clásica, *-īre*:

dórmo (LC *dormiō*) > duermo  
 dórmiis > duermes  
 dórmit > duerme  
 dormímus > dormimos  
 dormítis > esp. a. dormides > esp. dormís  
 dórment (LC *dormiunt*) > duermen

La yod de la terminación de la primera persona del singular del latín clásico se perdió generalmente en latín vulgar (§ 50), pero, en muchos casos, desapareció más tarde que en los ejemplos vistos y, por ello, aparecieron algunas dificultades fonéticas y morfológicas, que veremos en § 176. Otros ejemplos que muestran la pérdida temprana de la yod serían: LC *apériō* > esp. *abro*, LC *fĕriō* > esp. *hiero*, LC *partiō* > esp. *parto*.

El español antiguo *-ides* habría dado *-ies*, *-iēs* con pérdida de la *-d-*. Pero en este caso, como *-ades* dio *-áis*, *-ides* siguió su ejemplo y dio *-iis* que se simplificó en *-is*. La terminación de la tercera persona del plural del latín vulgar es analógica con el *-ent* de la conjugación en *-ere* (§ 172).

§ 175. Conviene hacer unos comentarios suplementarios sobre la unificación del acento del latín clásico en latín vulgar. En latín clásico, un verbo podía estar acentuado en unas personas en la primera sílaba de la raíz (*áperis*, *súccutis*), y en otras personas en la segunda sílaba de la raíz (*apĕrio*, *succútio*). Esta variación de acentos se unificó en latín vulgar, pero no de manera uniforme. Algunos verbos unificaron su acento basándose en la primera persona del singular: LV *ápero*, *áperis*, *áperit*, mientras que otros unificaron el suyo basándose en el modelo

de las demás formas: LV *sucúto*, *sucútis*, *sucútit*. El acento del latín vulgar se mantuvo en español: *áb*ro, *áb*res, *áb*re; *sacú*do, *sacú*des, *sacú*de.

Hay que mencionar también que en español el acento del presente de indicativo recae siempre sobre la penúltima sílaba (excepto en la forma de *vosotros*), por lo que los verbos "cultos" que se han ido añadiendo a la lengua no han conservado su acento "culto", sino que lo han cambiado para ajustarse al esquema normal en español:

LC *cólloco* > *colóco*  
 LC *commúnico* > *comuníco*  
 LC *consídero* > *considéro*  
 LC *víndico* > *vindíco*

El primero, el segundo y el cuarto de estos verbos, en su evolución tradicional, han mantenido el acento latino original:

LC *cóll(o)cō* > esp. *cuélgo*  
 LC *commún(i)cō* > esp. *comúlgo*  
 LC *vínd(i)cō* > esp. *véngo*

§ 176a. El presente de los verbos en *ir* sufre la influencia de la analogía y de la inflexión más que el de los verbos en *-ar* y en *-er*. Hemos dicho en § 52 y de nuevo en § 174 que la yod de las terminaciones de la primera persona del singular, en algunos presentes de indicativo de la tercera y en la mayoría de la cuarta conjugación, cayó en latín vulgar sin dejar rastro (LC *faciō* > LV *facō* > esp. *hago*, LC *partiō* > LV *partō* > esp. *parto*). Sin embargo, cuando la vocal de la raíz de un verbo del latín vulgar en *-ire* era una *e* cerrada (que procedía del LC *ē* o *ī*), la yod del latín vulgar la cerraba en *i* antes de desaparecer. Este efecto está generalizado en los más antiguos textos castellanos. Así, el latín vulgar *metio* pasó a *mido* ya en español antiguo. Por otro lado, habría sido de esperar que las formas del LV *metis*, *metit* y *metent* hubieran dado *\*medes*, *\*mede* y *\*meden* en español, puesto que no aparecía una yod detrás de la *e* cerrada. Sin embargo, estas formas no existen en español, y por una razón muy sencilla. En las conjugaciones en *-ar* y en *-er*, cuando hay un cambio vocálico, éste afecta a las cuatro formas fuertes, como se ve en los siguientes ejemplos:

-AR		-ER	
<i>siento</i>	<i>sentamos</i>	<i>vuelvo</i>	<i>volvemos</i>
<i>sientas</i>	<i>sentáis</i>	<i>vuelves</i>	<i>volvéis</i>
<i>sienta</i>	<i>sientan</i>	<i>vuelve</i>	<i>vuelven</i>

Por analogía, los verbos en *-ir* que tenían la primera persona del singular inflexionada siguieron el modelo de los verbos en *-ar* y en *-er* y colocaron una *-i-* en las demás formas fuertes. De ese modo:

latín vulgar	español
<i>métio</i>	<i>mido</i>
<i>métis</i>	<i>mides</i>
<i>métit</i>	<i>mide</i>
<i>metímus</i>	<i>medimos</i>
<i>metítis</i>	<i>medís</i>
<i>metént</i>	<i>miden</i>

Este rasgo analógico, que afecta a la segunda y a la tercera personas del singular y a la tercera del plural, se encuentra en los primeros textos castellanos.

Este fenómeno afectó igualmente a verbos con yod que, procedentes de otras fuentes, pasaron en LV a la conjugación en *-ire*, como se puede ver en los siguientes ejemplos:

LC <i>implēre</i> ,	LV <i>implēre</i> > <i>henchir</i>
<i>impleō</i>	LV <i>implio</i> > <i>hincho</i>
	LV <i>implis</i> > <i>hinchés</i> (anal.)
	LV <i>implimus</i> > <i>henchimos</i>
LC <i>concipēre</i> ,	LV <i>concipire</i> > <i>concebir</i>
<i>concipiō</i>	LV <i>concipio</i> > <i>concibo</i>
	LV <i>concipis</i> > <i>concibes</i> (anal.)
	LV <i>concipimus</i> > <i>concebimos</i>

Hay que señalar que el resultado español del LC *recipēre*, que es prácticamente gemelo de *concipēre*, generalizó la *i* en todas las formas, mientras que *concipēre* no lo hizo:

LC <i>recipēre</i>	LV <i>recipire</i> > esp. <i>recibir</i> (anal.)
LV <i>recipiō</i>	LV <i>recipio</i> > esp. <i>recibo</i>
	LV <i>recipis</i> > esp. <i>recibes</i> (anal.)

LV *recipimus* > *recibimos* (anal.)

En cambio, LC *concipere*: LV *concipimus* > *concebimos* (no anal.)

b. Lo que acabamos de decir vale para los verbos en *-ir* con una *e* cerrada del latín clásico en la raíz. Pero, ¿qué sucedió con los verbos en *-ir* que tenían una *e* abierta?

Moviéndonos en un terreno puramente fonético, podríamos haber esperado que la *yod* del latín vulgar hubiera cerrado la *e* abierta en *e* cerrada en la primera persona del singular únicamente, mientras que las tres formas fuertes restantes, que no tenían *yodes* en sus terminaciones, habrían mantenido vocales diptongadas. Es decir, que habríamos podido esperar estas conjugaciones (que no existen precisamente tal como las indicamos):

latín vulgar	español	latín vulgar	español
sérvio	servo	séntio	sento
sérvis	sierves	séntis	sientes
sérvit	sierve	séntit	siente
servímus	servimos	sentímus	sentimos
servítis	servis	sentítis	sentís
sérvent	sierven	séntent	sienten

Pero, puesto que ni *servir* ni *sentir* se conjugan según las previsiones fonéticas, ¿cómo se pueden explicar las conjugaciones de estos dos verbos que encontramos en español? Una vez más entra en juego la analogía, y en cada ejemplo encontramos un tipo de analogía diferente. *Servir* se ha construido simplemente según el modelo de *medir*, utilizando esta forma de relación: *medimos*: *servimos*: *mido*: X (= *sirvo*). Una vez formado *sirvo*, aparecieron *sierves*, *sierve*, *sierven*, según se explica en el apartado a). Otros verbos que funcionan igual que *servir* son *vestir*, del LC *vestire* (esp. *visto*, no *vesto*), y *embestir* del LC *investire* (esp. *embisto*, no *\*embesto*).

El caso más corriente es el de *sentir*. Aquí, la primera persona del singular cedió simplemente ante la presión morfológica que ejercían las otras formas fuertes y tomó *-ie-* por analogía. Otros verbos que funcionan como *sentir* son *herir*, del LC *fērire* (esp. *hiero*, no *hero*) y *mentir*, del LC *mentire* (esp. *miento*, no *mento*).

c. Algunos verbos del latín clásico, que no tenían *yod* en la primera persona del singular, pasaron en latín vulgar a la conjugación en *-ire*, y, por analogía, muchos de ellos siguieron la conjugación "inflexionada" que hemos descrito en el apartado a). Para facilitar la comparación indicamos los infinitivos del latín clásico y las primeras personas del singular:

latín clásico	español
cīngere, cīngō	ceñir, ceño
dīcere, dīcō	decir, digo
pētere, pētō	pedir, pido
rēgere, rēgō	regir, rijo
sēqui, sēquor	seguir, sigo

d. El otro tipo de conjugación en *-ire* era aquel en el que, en español antiguo, la *o* cerrada de la primera persona del singular se cerraba en *u*. En estos verbos, la primera persona del singular era tan importante que *todas* las formas del verbo, todas las personas de todos los tiempos, y no únicamente las formas fuertes del presente (como en el apartado a), adoptaron *u* como vocal temática. En los ejemplos que damos a continuación, del LC *subire* y *cooperire*, las formas del español moderno revelan una generalización analógica de la *u*:

latín vulgar	español antiguo	español
subire	sobir	subir (anal.)
subio	subo	subo
subis	sobes	subes (anal.)
subit	sobe	sube (anal.)
subimus	sobimos	subimos (anal.)
subitis	sobides	subís (anal.)
subent	soben	suben (anal.)
cop(e)rire	cobrir	cubrir (anal.)
cop(e)rio	cubro	cubro
cop(e)ris	cobres	cubres (anal.)
cop(e)rit	cobre	cubre (anal.)
cop(e)rimus	cobrimos	cubrimos (anal.)
cop(e)ritis	cobrides	cubris (anal.)
cop(e)rent	cobren	cubren (anal.)

Este fenómeno afectó a los verbos con yod que, procedentes de otras fuentes del latín clásico, se pasaron a la conjugación en *-ire* del latín vulgar, como muestran los siguientes ejemplos:

LC <i>complere</i> ,	LV <i>complire</i> > esp. a. <i>complir</i> > esp. <i>cumplir</i> ( <i>anal.</i> )
<i>cōmpleō</i>	LV <i>complio</i> > esp. a. <i>cumplo</i> > esp. <i>cumplo</i>
	LV <i>complis</i> > esp. a. <i>comples</i> > esp. <i>cumples</i> ( <i>anal.</i> )
	LV <i>complimus</i> > esp. a. <i>complimos</i> > esp. <i>cumplimos</i> ( <i>anal.</i> )
LC <i>fūgere</i> ,	LV <i>fugire</i> > esp. a. <i>foir</i> > esp. <i>huir</i> ( <i>anal.</i> )
<i>fūgiō</i>	LV <i>fugio</i> > es. a. <i>fuyo</i> > esp. <i>huyo</i>
	LV <i>fugis</i> > esp. a. <i>foes</i> > esp. <i>huyes</i> ( <i>anal.</i> )
	LV <i>fugimus</i> > esp. a. <i>foimos</i> > esp. <i>huimos</i> ( <i>anal.</i> )
LC <i>sufferre</i> ,	LV <i>sufferire</i> > esp. a. <i>sofrir</i> > esp. <i>sufrir</i> ( <i>anal.</i> )
<i>sūfferō</i>	LV <i>sufferio</i> > esp. a. <i>sufro</i> > esp. <i>sufro</i>
	LV <i>sufferis</i> > esp. a. <i>sofres</i> > esp. <i>sufres</i> ( <i>anal.</i> )
	LV <i>sufferimus</i> > esp. a. <i>sofrimos</i> > esp. <i>sufrimos</i> ( <i>anal.</i> )

El LC *sufferre* era un compuesto del irregular *ferō* (*ferre*), y pasó a la conjugación en *-ire* del latín vulgar (§ 63).

e. En el caso del LV *dormio* y *morio* (LC *morio*, verbo deponente), podríamos haber esperado que la yod cerrase la *o* abierta en *o* cerrada y que hubiese dado en español las formas hipotéticas siguientes: *dormo* y *moro*. Las formas españolas *duermo* y *muero* son evidentemente formas analógicas basadas en las restantes formas fuertes en *uē*. Este proceso es similar al que hemos descrito en el apartado *b* (*siento*).

§ 177. En español, en algunas formas de la primera persona del singular ha aparecido una *g* sin que aparentemente haya razón para ello. Estas formas se dividen en dos grupos: 1) *caigo*, *oigo*, *traigo*, y 2) *vengo*, *pongo*, *tengo*, *salgo*, *valgo*.

a. El resultado del LV *cadeo* (LC *cadō*) y *audio* fue *cayo* y *oyo* en español antiguo; *traho* dio *trayo* ya que se añadió una *y* epentética para evitar el hiato. En español antiguo los verbos *digo* y *fago*, que eran corrientes e importantes, y que tenían una *g* etimológica, y que procedían del LV *dico* y *faco* (LC *faciō*),

impusieron una *g* no etimológica a *cayo*, *oyo* y *trayo*, lo que hizo que dieran *caigo*, *oigo* y *traigo*.

b. La evolución del segundo grupo todavía se discute:

LV <i>venio</i> - esp. <i>vengo</i>
LV <i>tenio</i> (LC <i>tēneō</i> ) - esp. <i>tengo</i>
LV <i>ponio</i> (LC <i>pōnō</i> ) - esp. <i>pongo</i>
LV <i>valio</i> (LC <i>valeō</i> ) - esp. <i>valgo</i>
LV <i>salio</i> - esp. <i>salgo</i>

La explicación que se viene generalmente dando para la aparición de la *-g-* es que las formas *vengo*, *tengo* y *pongo* son analógicas con formas de español antiguo que tenían *-i go* etimológico, como *frango*, *plango* y *tango*. Incluso *valgo* y *salgo*, con *-lgo* final, tendrían una cierta analogía con esas formas. Las formas italianas muestran también el mismo rasgo (it. *vengo*, *tengo*, *valgo*, de *venire*, *tenere* y *valere*) por lo que la *-g-* no debe ser únicamente un fenómeno hispánico. Todas estas formas tenían una yod en la terminación del latín vulgar. Esto nos hace pensar que la *-g-* está relacionada de alguna manera con la yod, pero hasta ahora no se ha encontrado una explicación convincente.<sup>4</sup>

§ 178. Otro grupo de formas “agresivas” de la primera persona del singular era en español antiguo *oyo* y *fuyo*, con una *y* que había evolucionado de manera regular del LV *audio* y *fugio*. Esta *y* tenía gran poder en dos sentidos. Primero se propagó a las restantes formas fuertes del presente: *oyes*, *oye*, *oyen*; *fuyes*, *fuye*, *fuyen*. (Las formas del latín vulgar por sí solas no podían dar origen a una *y*: *audis*, *audit*, *audent*; *fugis*, *fugit*, *fugent*). Después, la *y* se infiltró en las formas fuertes de los verbos cultos como *construir*, en el que ninguna de las formas, ni siquiera la primera persona del singular, tenía base etimológica para llevar *y*:

LC <i>cōstruo</i> > <i>construyo</i>
LC <i>cōstruis</i> > <i>construyes</i>
LC <i>cōstruit</i> > <i>construye</i>
LC <i>cōstruunt</i> > <i>construyen</i>

4. Existen, en cambio, ejemplos en español antiguo que muestran la evolución normal de estos verbos desde formas latinas sin yod: *valo* < LV *valo* (“valgo”) y *sala* < LV *salat* (“salga”).



Entre los verbos que siguen este modelo se encuentran *arguīr, atribuir, contribuir, destruir, diluir, disminuir, influir, sustituir*.

§ 179. Las formas de los verbos modernos *doy, soy, voy, estoy*, que tienen *y* final, evolucionaron en español antiguo a su resultado fonético normal sin *y*:

LV do (LC *dō*) > esp. a. do  
 LV sum > esp. a. so<sup>5</sup>  
 LV vao (LC *vadō*) > esp. a. vo  
 LV sto (LC *stō*) > esp. a. estō

Los primeros documentos en los que aparece una de estas cuatro formas con *y* final, *doy*, datan de principios del siglo XIII; la *y* final se refiere a un complemento locativo, como muestran algunos de los ejemplos que damos a continuación. Esta *y* < *ibī*, 'ahí', en la Edad Media es similar al adverbio francés *y en j'y vais*:

*do y* la otra heredit a este monasterio (Staaff, p. 39)  
*do hy* quanto eredamiento a Sancta Maria de Piasca (Staaff, p. 39)  
*do y* ueinte uaccas (Staaff, p. 77)  
*do i* por mi alma ... vi tabladass (*Doc. ling.*, p. 124)  
*do hi* conmigo quanto he (*Doc. ling.*, p. 134)<sup>6</sup>

Hasta el siglo XVI la *-y* no se unió permanentemente a *do y* pasó a *so* y a *vo*, que estaban ambos relacionados con *do*, puesto que los tres eran primeras personas del singular monosílabas y muy corrientes. (La *y* de *estoy* es analogía de *soy*).

En esa misma época *ha*, "hay ahí", tomó también una *y* final, que la hizo similar a la construcción francesa *il y a* (fr. *y + a = esp. ha + y*).

§ 180a. El presente del verbo *ser* evolucionó desde la conjugación *esse* del latín clásico con algunas modificaciones:

5. El resultado de *sum*, muy raro, ha sido *son*, igual que *tam > tan, quem > quien* (§ 147b), pero la *-n* desapareció para diferenciar *so* de la tercera persona del plural *son* (< *sunt*).

6. Staaff, Erik, *Étude sur l'ancien dialecte léonais (d'après des chartes du XIIIe siècle)*, Uppsala, Almqvist & Wiksell, 1907; Menéndez Pidal, Ramón, *Documentos lingüísticos de España* (vol. I. Reino de Castilla), Madrid, Centro de estudios históricos, 1919.

LC sum > esp. a. so > esp. soy (§ 179)  
 LC es (se perdió); eris > esp. eres  
 LC est > esp. es  
 LC sumus > esp. somos  
 LC estis (se perdió); LV sutis > esp. a. sodes > esp. sois  
 LC sunt > esp. son

Las dos formas del LC *es* y *est* habrían evolucionado a *es* en español; para evitar esta confusión, la lengua retuvo el futuro del latín clásico (de *esse*) *eris*, que evolucionó a *eres*. Esta forma aislada es el único resto del futuro del latín clásico en español, y además el único resto del futuro clásico en todas las lenguas románicas importantes. El LC *estis* se perdió en español, probablemente porque su raíz se basaba en el singular *es, est* y no en las formas de plural; se creó una nueva forma, *sutis*, basada en *sumus, sunt*, que dio *sois* en español, siguiendo una evolución fonética normal.

b. El infinitivo del latín clásico *īre* pasó al español (*ir*), pero al español moderno no ha llegado nada de su conjugación de presente; la mayoría de sus formas habrían sido demasiado cortas o demasiado confusas: LC *ego eō* habría dado en español *yo yo*, por ejemplo. *Imos* (del LC *īmus*) e *ides* (del LC *ītis*) fueron las únicas formas de *īre* que pasaron al español antiguo.

El presente de indicativo del LC *vadere*, 'pasear' substituyó al presente de indicativo de *īre* en español:

LC vadō > LV vao > esp. a. vo > esp. voy (§ 179)  
 LC vadis > LV vas > esp. vas  
 LC vadit > LV vat > esp. va  
 LC vádimus > LV vamus > esp. vamos  
 LC váditis > LV vatis > esp. vais  
 LC vadunt > LV vant > esp. van

§ 181. La conjugación del LC *habere* perdió una sílaba en las formas fuertes del latín vulgar (§ 54b):

LC habeo > LV aio > esp. he  
 LC habes > LV as > esp. has  
 LC habet > LV at > esp. ha  
 LC habemus > LV abemus > esp. a. (av)emos > esp. hemos  
 LC habētis > LV abetis > esp. habéis  
 LC habent > LV ant > esp. han

La *h*- repuesta es una simple grafía culta en español.

La evolución de la primera persona del singular no está clara. La *o* final de la forma del latín vulgar tuvo que perderse pronto para que *ai* pasara a *ei* (como en portugués *hei*) y luego se simplificara en (*h*)*e*. Hay que comparar *probai* > *probei* (provei en portugués) > *probé* (§ 107). Si la *o* se hubiera mantenido, *aio* habría dado simplemente *hayo*, o posiblemente *haigo* por analogía con otros verbos. Lo más difícil es, naturalmente, saber por qué cayó primero la *-o*. En español antiguo *avemos* se usaba de manera regular como verbo principal y como auxiliar, mientras que *emos* se usaba en relación con la formación del futuro. Es esta última forma la que se ha mantenido en español moderno, tanto como auxiliar (*lo hemos hecho*) como en la terminación de futuro (*lo haremos*).

§ 182. El LC *sapére* plantea también un problema en la primera persona del singular. Según el modelo de evolución fonética normal (§ 109), *sapio* debería de haber dado *sepo*, igual que *sapiam* ha dado *sepa*. La explicación corriente de *sé* es que es analogía de *he*. Esto parece ser muy posible, ya que otras lenguas románicas muestran en sus formas el mismo paralelo: it. *so*, *ho*; port. *sei*, *hei*; fr. *sais*, *ai* [sɛ, ɛ].

#### Presente de subjuntivo

§183. El subjuntivo español retuvo las características de las terminaciones del presente de subjuntivo del latín clásico: la conjugación en *-are* tenía terminaciones basadas en *e*, y las de las restantes conjugaciones se basaban en *a* (§ 65). Éstas son las evoluciones típicas del latín vulgar al español:

*-are*

clamem > llame  
clames > llames  
clamet > llame  
clamemus > llamemos  
clametis > llaméis  
clament > llamen

*-ere* (< LC *-ēre*)

timam (LC *timeam*) > tema  
timas (LC *timeās*) > temas  
timat (LC *timeat*) > tema  
timamus (LC *timeāmus*) > temamos  
timatis (LC *timeātis*) > temáis  
timant (LC *timeant*) > teman

*-ere* (< LC *-ĕre*)

bibam > beba  
bibas > bebas  
bibat > beba  
bibamus > bebamos  
bibatis > bebáis  
bibant > beban

*-ire*

partam (LC *partiam*) > parta  
partas (LC *partiās*) > partas  
partat (LC *partiat*) > parta  
partiamus (LC *partiāmus*) > partamos  
partiat (LC *partiātis*) > partáis  
partant (LC *partiant*) > partan

La raíz del subjuntivo estaba influida por la del indicativo, y de manera específica por la primera persona del singular. Si *pacare* y *plicare*, por ejemplo, hubieran evolucionado según las convenciones fonéticas, *pacem* habría dado *pace* en español, y *plicem* habría dado *llece* (en lugar de *pague* y *llegue*), como se indica en § 126c. Pero la presión morfológica del indicativo impidió esta evolución fonética normal.

La *yod* que se perdió en la primera persona del singular del presente de indicativo de la conjugación en *-ēre* del latín clásico (LC *timeo* > LV *timo*) se perdió igualmente en el subjuntivo en latín vulgar.

Los verbos españoles que tienen una *g* en la primera persona del singular del indicativo, tanto si es etimológica como si no lo es, tienen también una *g* en todas las formas del presente de subjuntivo. En estos mismos verbos, si no diptongaba la primera persona del singular del presente de indicativo (como en *tengo*, *vengo* que aparecen a continuación), no diptongaba tampoco *ninguna* de las formas del presente de subjuntivo. Esto

pone de relieve una vez más la enorme influencia de la primera persona del singular del presente de indicativo.

LC *dīcō* > esp. digo  
LC *dīcam* > esp. diga

LC *tēneō* > esp. tengo  
LC *tēneat* > esp. tenga

LC *vēniō* > esp. vengo  
LC *vēniās* > esp. vengas

§ 184a. En el subjuntivo de la conjugación en *-ire*, si la vocal temática era *i*, *a* o *u*, la yod de la primera y de la segunda persona del plural caía simplemente sin dejar rastro, como en LV *partiamus* > esp. *partamos* que hemos visto más arriba.

b. Sin embargo, si la vocal temática de la conjugación en *-ire* era *e* u *o*, la yod de la primera y de la segunda personas del plural las cerraba en *i* o en *u*, y luego desaparecía:

<i>latín vulgar</i>	<i>español</i>
<i>meṭiamus</i>	<i>midamos</i>
<i>meṭiatis</i>	<i>midáis</i>
<i>seṭiamus</i>	<i>sintamos</i>
<i>seṭiatis</i>	<i>sintáis</i>
<i>ḍormiamus</i>	<i>durmamos</i>
<i>ḍormiatis</i>	<i>durmáis</i>

Como el latín vulgar distinguía en el vocalismo inicial solamente dos grados de abertura (§ 87), la yod sólo tenía que cerrar la *e* y la *o* un grado en el triángulo vocálico, respectivamente, hasta llegar a la *i* y la *u*.

§ 185. Conviene decir unas palabras sobre los presentes de subjuntivo irregulares en español, esto es, los subjuntivos que presentan una raíz diferente de la primera persona del singular del presente de indicativo.

a. El subjuntivo de *esse* (LC *sim*, *sīs*, *sit*, *sīmus*, *sītis*, *sint*) habría evolucionado a formas demasiado cortas o demasiado confusas en español; fueron sustituidas por el presente de subjuntivo del LC *sedēre*:

LV *sedeam* > esp. a. *seya* > esp. *sea*  
LV *sedeas* > esp. a. *seyas* > esp. *seas*  
LV *sedeat* > esp. a. *seya* > esp. *sea*  
LV *sedeamus* > esp. a. *seyamos* > esp. *seamos*  
LV *sedeatis* > esp. a. *seyades* > esp. *seáis*  
LV *sedeant* > esp. a. *seyan* > esp. *sean*

Las formas del español antiguo, como otras palabras con *y* < *dj* (§ 138a), perdieron la yod. Otro ejemplo de esta pérdida de yod lo tenemos en la evolución de *ver*: LV *videas* > esp. a. *veyas* > esp. *veas*.

b. El presente de subjuntivo de *-ire* (LC *eam*, *eās*, *eat*, *eāmus*, *eātis*, *eant*) se perdió igualmente por las razones que hemos visto. En español antiguo este subjuntivo tomó una *y* epentética. Dos vocales iguales en hiato producido por la pérdida de *d* se hubieran reducido a una sola en español antiguo. Se podían encontrar algunas veces las formas etimológicas de la primera y segunda personas del plural sin *y*: *vaamos*, *vaades*.

*vadam* > *vaya*  
*vadas* > *vayas*  
*vadat* > *vaya*  
*vadamus* > *vayamos*  
*vadatis* > *vayáis*  
*vadant* > *vayan*

Sin embargo, el resultado etimológico de *vadamus* ha sobrevivido como mandato o deseo: *ivamos!*

c. El presente de subjuntivo de *habere* presenta la solución poco frecuente de *y* < *bj* (§ 137b). La resolución de *bj* tuvo lugar aparentemente en latín vulgar, como las formas del indicativo (§ 179):

LC *habeam* > *haya*  
LC *habeās* > *hayas*  
LC *habeat* > *haya*  
LC *habeāmus* > *hayamos*  
LC *habeātis* > *hayáis*  
LC *habeant* > *hayan*

d. El presente de subjuntivo de *dare* y de *stāre* presenta un problema fonológico menor. En todos los demás subjuntivos en *-are* las terminaciones son átonas (excepto en la primera y en la segunda personas del plural); por ello no importa nada el que la primera y tercera personas del singular y la tercera del plural tengan una *ē* del LC, mientras que la segunda persona del singular tenga una *e* en la terminación; los dos tipos de *e* en estas circunstancias dan *e* en español (§ 93). Sin embargo, en el caso de *dare* y de *stāre*, la vocal *tónica* va en las terminaciones de estas personas por lo que la primera y tercera personas del singular y la tercera del plural podrían haber evolucionado a *die*, *diē*, *dien* y *estiē*, *estiē*, *estiēn*. Pero la presión morfológica era demasiado fuerte para permitir una irregularidad semejante:

LC <i>dēm</i> > dé	LC <i>stēm</i> > esté
LC <i>dēs</i> > des	LC <i>stēs</i> > estés
LC <i>dēt</i> > dé	LC <i>stēt</i> > esté
LC <i>dēmūs</i> > demos	LC <i>stēmūs</i> > estemos
LC <i>dētīs</i> > deis	LC <i>stētīs</i> > estéis
LC <i>dēnt</i> > den	LC <i>stēnt</i> > estén

### Imperativos

§ 186a. En latín clásico los imperativos sólo tenían forma positiva, ya que la prohibición se expresaba con el verbo *noli(te)* 'no queráis' + *infinitivo* (§ 53). Sin embargo, el latín clásico utilizaba también el subjuntivo de mandato (*Frater meus id faciat* = 'Que mi hermano lo haga') como imperativo, tanto en forma positiva como negativa. Este subjuntivo es el que sirvió de base para la forma del latín vulgar *non* + *subjuntivo* que sustituyó a la construcción del LC *noli(te)* + *infinitivo* como forma negativa del imperativo (§ 53).

La lengua española utiliza los imperativos positivos del latín clásico en las personas *tú* y *vosotros*: LC *clamā* > *llama*; LC *clamā te* > *llamad*. Para la prohibición (*no llames*, *no llaméis*), las formas del latín vulgar *non* + *subjuntivo*.

b. Conviene dar unas indicaciones particulares sobre los rasgos fonológicos de los imperativos positivos.

Primero, en los verbos en *-ir* que tenían alternancia vocálica

(*servir-sirvo*, *mentir-miento*, *dormir-duermo*), la analogía era tan activa en la forma *tú* de imperativo como en el presente de indicativo (§ 176a-d). En lugar de seguir una evolución fonética normal, las formas *tú* de imperativo en estos verbos se basaban en formas fuertes del presente de indicativo. Así, los mandatos de segunda persona *sirve*, *miente* y *duerme* son analogías de *sirvo*, *miento* y *duermo*. Si se hubiera dado una evolución fonética normal, las formas del LC *sērvī*, *mēntī* y *dōrmi* habrían tenido como resultado hipotético en español *serve*, *mente* y *dorme*, puesto que una *-i* final larga cierra la vocal abierta que la precede (§ 110) e impide que se diptongue.

c. En latín clásico existían 2.<sup>as</sup> personas de imperativo que no tenían ninguna terminación, como por ejemplo *fac* (de *facēre*), *dīc* (de *dīcēre*), *dūc* (de *dūcēre*) y *es* (de *esse*). De todas ellas, sólo *dīc* pasó al español: *di*. Es posible que *di* tuviera una influencia analógica sobre otros imperativos corrientes, lo que habría hecho que perdieran la *e* final por analogía, contrariamente a lo que se dice en § 95b.

LV <i>dīc</i> > di
LV <i>face</i> > haz
LV <i>pone</i> > pon
LV <i>salj</i> > sal
LV <i>tenj</i> (LC <i>-tēnē</i> ) > ten
LV <i>venj</i> > ven

*Tenj* era aparentemente analogía de *venj*; el LC *tēnē*, que no tenía una *ī* final que evitase el diptongo, habría evolucionado a *tien(e)*. El LC *fac* habría evolucionado en español a *fa* (§ 147a)

d. Finalmente, hay que señalar *ve (ir)* y *sé (ser)*. El LV *vade* sustituyó al imperativo clásico *ī*, demasiado corto, y perdió la *d*, con lo que dio la siguiente evolución: *vade* > *vai* > *vei* > *ve*. El mandato plural de *īre (īte)* pasó al español: *id*. Las formas de imperativo del LV *esse (es y este)* se perdieron y se sustituyeron en latín vulgar por los imperativos de *sedere* (LV *sede* y *sedēte*), que, siguiendo una evolución fonética normal, dieron en español *sé* y *sed*.

*Flexión incoativa*

§ 187a. La flexión incoativa (§ 49), que se amplió en latín vulgar, al mismo tiempo que perdía su significación característica, continuó ganando terreno en la evolución al español. En esta conjugación, la terminación *-sco* de primera persona del singular debería de haber dado también *-sco* en español, pero debido a la analogía evolucionó a *-zco*.

LV *pareso* > esp. a. *pareso* > esp. *parezco*  
 LV *pareces* > esp. *pareces*  
 LV *parecet* > esp. *parece*  
 LV *parecemus* > esp. *parecemos*  
 LV *parecētis* > esp. *parecéis*  
 LV *paresent* > esp. *parecen*

Éste es un ejemplo en el que la primera persona del singular cedió ante la presión analógica ejercida por el resto de la conjugación. Como en los verbos incoativos la consonante que precedía a la terminación evolucionó a [θ] en todas las personas excepto en la primera, en la que había [s], esta última forma cedió, y cambió la terminación etimológica *-sco* por la analógica *-zco*.

b. En español antiguo había algunos verbos que tenían un infinitivo en *-iry* y otro incoativo. Normalmente en casi todos los casos sólo se mantuvo la forma incoativa:

LC <i>dormīre</i>	esp. a. <i>adormir—adormesçer</i>
LC <i>fallēre</i>	esp. a. <i>fallir—fallesçer</i>
LC <i>florēre</i>	esp. a. <i>florir—floresçer</i>
LC <i>offerre</i>	esp. a. <i>ofrir—ofresçer</i>
LC <i>pati</i>	esp. a. <i>padir—padesçer</i>
LC <i>perīre</i>	esp. a. <i>perir—peresçer</i>
LC <i>stabilīre</i>	esp. a. <i>establr—establesçer</i>

De estos infinitivos dobles solamente *aburrir* y *aborrecer* (del LC *abhorrēre*) se han conservado en español, porque los dos se diferenciaron semánticamente.

c. La conjugación incoativa tuvo mucha influencia en

español antiguo, y se impuso a verbos que no habían sido nunca incoativos, pero que tenían simplemente el infinitivo en *-cer* o en *-cir*. LV *jacer*, *jaco* (LC *jaceō*) evolucionó de manera muy regular al español antiguo y dio *yaçer*, *yago*, pero la conjugación incoativa penetró pronto en el verbo y el resultado moderno es *yacer*, *yazgo*. Otros ejemplos incluyen:

latín vulgar	español
<i>cognoscere</i> , <i>cognosco</i>	conocer, conozco
<i>complacere</i> , <i>complaco</i>	complacer, complazco
<i>conducire</i> , <i>conduco</i>	conducir, conduzco
<i>reducire</i> , <i>reduco</i>	reducir, reduzco
<i>traducire</i> , <i>traduco</i>	traducir, traduzco

*Cognoscere*, aunque parece proceder de un verbo incoativo, originalmente no lo era (prueba de ello es la *o* de *-oscere*, ya que ningún infinitivo incoativo tenía el infinitivo en *-oscere*).

d. Muchos de los nuevos verbos que se construían partiendo de nombres o de adjetivos pasaban a la conjugación incoativa, muy a menudo tomando el prefijo *en-* (*em-*).

(bello)	embellecer
(blanco)	emblanquecer
(claro)	esclarecer
(favor)	favorecer
(mane = mañana)	amanecer
(negro)	ennegrecer
(oscuro)	oscurecer
(pobre)	empobrecer
(rico)	enriquecer
(tarde)	atardecer
(verde)	enverdecer, reverdecer.
(viejo)	envejecer

*Resultados del gerundio y del participio de presente*

§ 188. El **gerundio**, § 75a, el sustantivo verbal neutro, relacionado formalmente con el *gerundivo*, se mantiene en español como forma verbal no conjugable:

LC clamandum > llamando  
 LC bibendum > bebiendo  
 LC movendum > moviendo  
 LC audiendum > oyendo

De las cuatro conjugaciones, únicamente el grupo en *-ire* tenía yod en latín vulgar; esta yod se mantuvo y cerró la *e* o la *o* pretónicas en *i* o en *u*:

LV dormiendu > durmiendo  
 LV metiendu > midiendo  
 LV moriendu > muriendo  
 LV serviendu > sirviendo  
 LV veniendu > viniendo  
 LV vestiendu > vistiendo

Los gerundios de las conjugaciones segunda y tercera del latín clásico desarrollaron una yod con la diptongación de la *e* abierta: *moviendo*, *bebiendo*. Esta yod apareció demasiado tarde para poder cerrar la vocal que la precedía; la yod de *-ire* se había adelantado varios siglos para conseguir cerrar la vocal.

El verbo *posse* del latín clásico (LV *potére*) no tenía participio futuro pasivo, por lo que el español *poder* tuvo que construirse uno específicamente; se echó mano de la raíz del pretérito: *pudiendo*. En español antiguo los gerundios se podían formar en ocasiones de la raíz del pretérito: *toviendo*, *dixiendo*, *oviendo*, *supiendo*. Todos ellos, salvo *pudiendo*, perdieron terreno frente a las formas del presente en español moderno (*teniendo*, *diciendo*, *habiendo*, *sabiendo*); *pudiendo* no cambió porque no tenía forma de presente etimológica en que basarse.

El LC *esse* 'ser', no tenía tampoco gerundio. El español *siendo* procede de *sedendu* (de *sedere*).

El gerundio del LC *īre* era *eundum*, que se "regularizó" en *indu* en latín vulgar, y que dio *yendo* en español.

Sintácticamente, la noción de gerundio del latín clásico pasó al español, como muestra el siguiente ejemplo: *Yendo a Madrid, hice mucho*. Pero, por otro lado, el gerundio dio lugar en español a los tiempos durativos: *Estoy leyendo, siguen durmiendo, iban trabajando*.

§ 189. El participio de presente activo del latín clásico ha perdido su cualidad verbal y se ha mantenido como sustantivo o como adjetivo:

LC cantāntem > cantante  
 LC ponēntem > poniente  
 LC tenēntem > teniente  
 LC dormiēntem > durmiente

El diptongo *ie* del español *teniente* y *poniente* no tiene base etimológica (la *e* era larga en latín clásico); está por analogía con la conjugación en *-ire* y por los gerundios.

La yod latina del grupo en *-īre* fue también capaz de cerrar la vocal *e* u *o* que la precedía: *sirviēntem* (< *serviēntem*), *dormiēntem*.

#### *Imperfecto de indicativo*

§ 190a. Las terminaciones *-āba-* del latín clásico pasaron intactas al español, mientras que la terminación LC (*i*)*ēba-* se simplificó en *-ea* en latín vulgar (§ 57b); el resultado fonético en español es *-ía-*.

En los ejemplos que indicamos a continuación hay que señalar que el acento, que variaba en latín, se regularizó sobre la misma vocal en español, en todas las conjugaciones:

LV clamāba > llamaba  
 LV clamābas > llamabas  
 LV clamābat > llamaba  
 LV clamabāmus > llamábamos  
 LV clamabātis > llamabais  
 LV clamābant > llamaban

LV debēa (LC *debēbam*) > esp. debía  
 LV debēas > debías  
 LV debēat > debía  
 LV debeāmus > debíamos  
 LV debeātis > debíais  
 LV debēant > debían

LV bibéa (LC *bibēbam*) > esp. bebía

LV bibéas > bebías

LV bibéat > bebía

LV bibeámus > bebíamos

LV bibeátis > bebíais

LV bibéant > bebían

LV dorméa (LC *dormiēbam*) > dormía

LV dorméas > dormías

LV dorméat > dormía

LV dormeámus > dormíamos

LV dormeátis > dormíais

LV dorméant > dormían

La forma de *vosotros -abais*, procedente del español antiguo *-ábades*, no se fijó hasta el siglo XVII. (En el presente de indicativo, el español antiguo *-ades* se simplificó en *-áis* en el siglo XV, § 171a).

b. En el siglo XIII el imperfecto de los verbos en *-er* y en *-ir* cambiaba a veces la terminación y el acento: *-ia* pasó primero a *-ie* al asimilarse la *a* a la *i*, y después el acento pasó a la *e* (como en LC *mulierem* > LV *mulière*). Sin embargo, la primera persona del singular se resistió al cambio:

tenía	teniémos
teniés	teniédes
tenié	tenién

Este esquema de acentuación se comprueba por dos hechos. Primero, algunas formas presentan una vocal protónica inflexionada por la yod que se acaba de formar: esp. ant. *servié* en lugar de *servía*. Segundo, la terminación del imperfecto *-ie* rimaba con *é*, lo que demuestra que debía pronunciarse *-ié* y no *-ie*.

c. Los imperfectos irregulares españoles heredan sus irregularidades del latín clásico.

La *ë* del imperfecto del LC *esse* no se diptongó en el español por el carácter átono del verbo *ser*:

LC <i>éram</i> > era	LC <i>ērámus</i> > éramos
LC <i>éras</i> > eras	LC <i>ērátis</i> > erais
LC <i>érat</i> > era	LC <i>érant</i> > eran

El imperfecto irregular del LC *īre* pasó al español, y evolucionó normalmente:

LC *ībam* > iba

LC *ības* > ibas

LC *ībat* > iba

LC *ībāmus* > íbamos

LC *ībātis* > ibais

LC *ībant* > iban

El imperfecto irregular español *veía* es el reflejo del resultado *regular* del imperfecto de *veer* en español antiguo. No había ninguna razón fonética para que *veía* perdiera una vocal (contrariamente a lo que ocurrió en formas como *veer*, *vee*, *veemos*, en las que las dos vocales iguales se fundieron), por lo que pasó intacto al español moderno.

#### Resultados del perfecto

§ 191a. Los perfectos débiles de la conjugación en *-are* del latín vulgar (§ 58a) evolucionaron normalmente al español:

LV *clamái* > llamé

LV *clamásti* > llamaste

LV *clamáut* > llamó

LV *clamámus* > llamamos

LV *clamástis* > llamastes > esp. llamasteis

LV *clamárunt* > llamaron

En español antiguo la terminación *-stes* de la segunda persona del plural era etimológica; el cambio a *-steis* en español moderno es análogo de todos los demás tiempos en los que hay una *i* en la terminación de *vosotros*.

b. El español antiguo mantuvo en el plural la doble evolución de la conjugación en *-ire* del latín vulgar (§ 58a), mientras que el español moderno sólo ha mantenido *una* forma para cada persona. Las formas de plural de primera y segunda persona derivan de las formas del latín vulgar que habían prescindido del *-vi-* del latín clásico, mientras que el plural de tercera persona se basa en la forma del latín vulgar que sólo había eliminado la *-v-*:

latín clásico	latín vulgar	español antiguo	español moderno
partī(v)ī	partīi	partí	partí
parti(vī)stī	partīsti	partiste	partiste
partīv(i)t	partīut	partió	partió
partī(v)imus	partiēmus	partíamos	—
partī(vi)mus	partīmus	partimos	partimos
partī(v)īstis	partiēstis	partiestes	—
partī(vī)stis	partīstis	partistes	partisteis
partī(v)ērunt	partiērunt	partieron	partieron
partī(vē)runt	partīrunt	partiron	—

En español antiguo las formas de plural de la conjugación en *-ir* que tenían una yod cerraban normalmente la *e* o la *o* que la precedía en *i* o en *u*. Sin embargo, las formas de plural que no tenían yod no podían inflexionar la *e* o la *o* que las precedía; así:

latín vulgar	español antiguo	latín vulgar	español antiguo
petiēmus	pidiēmos	petimus	pedimos
petiēstis	pidiēstes	petiste	pedistes
petiērunt	pidieron	petirunt	pediron
dormiēmus	durmiēmos	dormimus	dormimos
dormiēstis	durmiēstes	dormistes	dormistes
dormiērunt	durmieron	dormirunt	dormiron

El español moderno, que sólo ha mantenido la yod en la tercera persona del plural, únicamente inflexiona las vocales en esta persona.

En el singular, en los casos en que el LV *-iut* cedió a *-iō*, la inflexión fue general: *petiūt* > *pidió*, *dormiūt* > *durmió*.

§ 192. De las dos restantes conjugaciones del latín clásico (*-ēre* y *-ēre*), únicamente *-ēre* tenía perfectos débiles, y eran muy pocos (§ 58b). Los pocos que existían, o bien desaparecieron de la lengua (*delēre*, *delēvi*, 'destruir', por ejemplo, no continuó) o bien cambiaron de grupo de conjugación (*implēre*, *implēvi* 'llenar', pasó a *henchir*, *henchí*; *complēre*, *complēvi* 'completar' dio *cumplir*, *cumplí*, por ejemplo). El español no heredó del latín clásico ni un solo perfecto débil en *-ere*, aunque existen muchos

perfectos débiles en la conjugación española en *-er*. Es, por lo tanto, evidente que un porcentaje elevado de perfectos fuertes del latín clásico se reconstruyeron basándose en el sistema débil, como ya veremos.

### *Evolución de los perfectos fuertes*

§ 193. Cuando un perfecto fuerte del latín clásico (la mayoría, de las conjugaciones en *-ēre* y en *-ēre*) se reconstruía basándose en un modelo débil, tomaba las terminaciones de los perfectos débiles en *-ire* debido a las similitudes fonéticas y formales que existían entre las conjugaciones en juego.

Por lo general, en latín clásico los perfectos fuertes sólo tenían realmente tres formas "fuertes": la primera y la tercera persona del singular y la primera persona del plural. (En § 58c-d hay buenos ejemplos de ello). En español los pretéritos fuertes sólo tienen *dos* formas fuertes: la primera y la tercera persona del singular. Las formas de plural, que ahora son todas débiles, tomaron por analogía las terminaciones débiles de *-ir*.

Las observaciones que hemos hecho en este apartado se pueden aplicar a todos los siguientes que tratan sobre el perfecto.

§ 194a. Los perfectos fuertes en *-u-* (§ 58b) que cambiaron para adaptarse al modelo débil, presentan la siguiente evolución (ejemplos del LC *timēre*):

latín clásico	latín vulgar	español
tīmuī	timīi	temí
tīmuīstī	timīsti	temiste
tīmuīt	timīut	temió
tīmūimus	timīmus	temimos
tīmuīstis	timīstis	temisteis
tīmuērunt	timīērunt	temieron

Los ejemplos españoles muestran las terminaciones de *-ire* descritas en el apartado anterior. Si la conjugación fuerte se hubiera mantenido, algunas formas hubieran podido crear ambigüedades: la tercera persona del singular y la primera



persona del plural sonarían como las formas del presente de indicativo: *teme, tememos*.

Otros perfectos fuertes en *-u-* que pasaron a débiles son: *aperire* (*apérui* > *abri*); *cooperire* (*coopérui* > *cupri*); *debere* (*débui* > *debi*); *dolere* (*dólui* > *doli*); *jacere* (*jácuī* > *yaci*); *valere* (*váluī* > *vali*). *Merere* (*mérui*) y *parere* (*páruī*) pasaron a ser incoativos (y por tanto débiles) en español: *merecer* (*mereci*) y *parecer* (*pareci*).

b. Los perfectos fuertes en *-u-* que se mantuvieron, sufrieron cambios para lograrlo; el proceso es bastante complejo.

Es lógico empezar con la evolución del perfecto de *habere*:

latín clásico	español antiguo
<i>hábuī</i>	ove
<i>habuístī</i>	oviste
<i>habuīt</i>	ovo
<i>habúimus</i>	oviemos
<i>habuístis</i>	oviestes
<i>habuērunt</i>	ovieron

En este verbo, como ocurre con el LV *cápuī* (LC *cépī*) y el LC *sápuī* que presentamos más abajo, el wau (*-u-*) se vio atraído por la vocal que le precedía y se mezcló con ella pasando a *o*: LC *hábuī* > LV *aubi* > esp. ant. *ove*. (*v* es tan sólo una grafía diferente de [-*ḅ*-]). Este proceso es similar al que ocurre cuando una yod resulta atraída por la vocal que la precede y se mezcla con ella, como en *capio* > *caipo* > *queipo* > *quepo* [kepo]; *sapiat* > *saipat* > *seipa* > *sepa* (§ 109). Los otros perfectos en *-u-* con una *a* en la raíz eran el LV *cápuī* > esp. a. *cope*; el LC *sápuī* > esp. a. *sope*; el LC *placuī* > *plogue*...

Se observa que la tercera persona *habuīt* debería de haber evolucionado a *ove*, pero si lo hubiera hecho, habría sido exactamente igual que la forma de la primera persona del singular. Las conjugaciones débiles crearon una *-o* analógica para evitar esta confusión. La *-o* átona final es un rasgo general de todos los pretéritos "fuertes" en español (excepto *fuē*).

Este perfecto especial, el de *habere*, iba a tener una influencia analógica en unos cuantos verbos españoles. El LC *ténuī* (de *tenere* "sostener") nunca dio *tene* en español; siguió el modelo

de *ove* y dio *tove*. De igual modo, el perfecto reduplicado *stēti* (de *stāre*) renunció a su evolución normal, *estide*, poco frecuente en español antiguo, y creó un pretérito analógico basado en *ove*: *estove*. El misterioso *andar* creó también un pretérito analógico: *andove*. En español antiguo se presentaban a veces otros pretéritos analógicos en *-ove*: *crove* de *creer* y *crecer*, *sove* de *ser*.

Las formas de español antiguo *ove*, *tove*, *cope*, *estove* y *andove* necesitan un paso más para evolucionar a las modernas *hube*, *tuve*, *cupe*, *estuve* y *anduve*, como veremos a continuación.

c. Al mezclarse el wau de los perfectos del latín clásico *pótuī* (del LC *posse*) y *pósuī* (del LC *pōnere* "poner, colocar") con la *o* que le precedía, el resultado fue *u*:

latín clásico	español antiguo	latín clásico	español antiguo
<i>pótuī</i>	pude	<i>pósuī</i>	puse
<i>potuístī</i>	podiste	<i>posuístī</i>	pusiste
<i>pótuit</i>	pudo	<i>pósuit</i>	puso
<i>potúimus</i>	podimos	<i>posúimus</i>	pusimos
<i>potuístis</i>	podistes	<i>posuístis</i>	pusistes
<i>potuērunt</i>	podieron	<i>posuērunt</i>	pusieron

*Pude* y *pudo* aparecen en los textos españoles más antiguos.

La *u* de estos dos verbos tenía mucha fuerza, e hizo que todos los verbos del apartado anterior cambiaran la *o* etimológica por una *u* analógica:

español antiguo		español moderno
<i>ove</i>		<i>hube</i>
<i>tove</i>		<i>tuve</i>
<i>cope</i>	+ puse =	<i>cupe</i>
<i>sope</i>	pude	<i>supe</i>
<i>estove</i>		<i>estuve</i>
<i>andove</i>		<i>anduve</i>

§ 195a. En el caso de los perfectos sigmáticos (§ 58c), algunos se perdieron pronto y volvieron a formarse partiendo del modelo débil, utilizando la raíz del infinitivo y tomando las terminaciones débiles en *-ir*:

LC *ardēre*, *ársī* > esp. arder, ardí  
 LC *erigēre*, *eréxī* > esp. erguir, erguí  
 LC *torquēre*, *tórsī* > esp. torcer, torcí

b. Otros perfectos sigmáticos que eran corrientes en español antiguo se perdieron más tarde y se crearon otros débiles basados en el infinitivo:

latín clásico	español antiguo	español
<i>cingēre</i> , <i>cínxī</i>	ceñir, cínxe	ceñir, ceñí
<i>coquēre</i> , <i>cóxī</i>	cocer, cóxe	cocer, cocí
<i>mittēre</i> , <i>mísī</i>	meter, míse	meter, metí
<i>ridēre</i> , <i>rísī</i>	reír, rise	reír, reí
<i>scribēre</i> , <i>scrīpsī</i>	escribir, escriśse	escribir, escribí
<i>tingēre</i> , <i>tínxī</i>	teñir, tínxe	teñir, teñí

c. Los pocos perfectos sigmáticos que han pasado al español moderno son LC *dīxī* (*dīcēre*), los compuestos del LC *dūxī* (*dūcēre*), el LV *quəsi* en lugar del LC *quaesivī* (*quaerēre*), y *tráxī* (*trahēre*).

latín clásico	español	latín clásico	español
<i>dīxī</i>	dije	<i>tradūxī</i>	traduje
<i>dīxistī</i>	dijiste	<i>traduxistī</i>	tradujiste
<i>dīxit</i>	dijo	<i>tradūxit</i>	tradujo
<i>dīximus</i>	dijimos	<i>tradūximus</i>	tradujimos
<i>dīxistis</i>	dijisteis	<i>tradūxistis</i>	tradujisteis
<i>dīxērunt</i>	dijeron	<i>tradūxērunt</i>	tradujeron

En español antiguo, la tercera persona del plural de estos verbos (*dixieron*, *traduxieron* [dišjéron, tradušjéron]) presentaba una yod que a veces quedaba absorbida por la [š] palatal. Hay que señalar que la yod la absorben también las palatales que están al final de la raíz en los pretéritos del español moderno del tipo de *ciñeron* y *bulleron*.

Otros compuestos de *dūcēre* son: *aducir*, *conducir*, *deducir*, *introducir*, *producir*.

El latín vulgar *quəsi* parece haber tenido una *e* cerrada que pasó a *i* por efecto de la *i* final cerrada y dio *quise* en español moderno. El resultado fonético de *tráxī* debía de haber sido *treje* (§ 143), pero la *a* es analogía de la raíz *traer*.

§ 196a. De los perfectos fuertes del tercer tipo, que generalmente sólo tenían una inflexión vocálica (§ 58d), todos, salvo tres, se reconstruyeron basándose en el infinitivo y utilizando las terminaciones de la conjugación débil en *-ir*. Estos ejemplos muestran algunas de las formas reconstruidas:

latín clásico	español
<i>legēre</i> , <i>légī</i>	leer, leí
<i>recipēre</i> , <i>recēpī</i>	recibir, recibí
<i>rumpēre</i> , <i>rūpī</i>	romper, rompí
<i>vincēre</i> , <i>vīcī</i>	vencer, vencí

*Sēdī*, el perfecto fuerte de *sedēre*, cayó en desuso y se sustituyó por el perfecto de *esse* (*fuī*), que explicamos más abajo en § 198.

b. Los tres perfectos fuertes de esta clase que se mantuvieron, *vidēre*, *facere* y *venīre*, son los siguientes:

latín clásico	español
<i>vīdi</i>	vi
<i>vidistī</i>	viste
<i>vīdit</i>	vio
<i>vīdimus</i>	vimos
<i>vīdistis</i>	visteis
<i>vīdērunt</i>	vieron

latín clásico	español antiguo	español
<i>fēcī</i>	fize	hice
<i>fēcistī</i>	feziste	hiciste
<i>fēcit</i>	fezo	hizo
<i>fēcimus</i>	fezimos	hicimos
<i>fēcistis</i>	fezistes	hicisteis
<i>fēcērunt</i>	fizieron	hicieron
<i>vēnī</i>	vine	vine
<i>vēnistī</i>	veniste	viniste
<i>vēnit</i>	veno	vino
<i>vēnimus</i>	venimos	vinimos
<i>vēnistis</i>	venistes	vinisteis
<i>vēnērunt</i>	vinieron	vinieron

En el caso de *facĕre* y *venĭre* el español antiguo presenta el resultado fonético que era de esperar; únicamente la primera persona del singular (§ 110) y la tercera del plural (§§ 193, 105) podían tener una vocal inflexionada. Sin embargo, como siempre, en español moderno la forma fuerte de primera persona del singular hizo que toda la conjugación tomara por analogía la vocal inflexionada.

§ 197a. Todos los perfectos reduplicados (§ 58e), excepto dos, se reconstruyeron según el modelo débil, basándose en el infinitivo. Éstos son algunos ejemplos de perfectos reduplicados que se han reconstruido.

latín clásico	español
cadĕre, cécidī	caer, caí
credĕre, crédidī	creer, creí
currĕre, cucurrī	correr, corrí
mordĕre, momórdī	morder, mordí
tendĕre, teténdī	tender, tendí
vendĕre, véndidī	vender, vendí

b. Los dos perfectos reduplicados que se mantuvieron en la lengua son *dedī* (de *dare*) y *stetī* (de *stare*). A continuación presentamos la evolución del perfecto de *dare*:

LC *dĕdī* > di  
 LC *dĕdīstī* > diste  
 LC *dĕdīt* > dio  
 LC *dĕdimus* > dimos  
 LC *dĕdīstis* > disteis  
 LC *dĕderunt* > dieron

La conjugación española tendió a la “regularidad” por analogía con las terminaciones en *-ir*. (La evolución normal habría llevado a la diptongación de la *e* breve en las formas fuertes.)

Se puede decir que *stetī* continuó con reorganizaciones analógicas, puesto que el resultado normal, esp. ant. *estide*, se modificó primero en el esp. ant. *estove* por analogía con *ove*, y luego en el español *estuve* por analogía con *pude* (§ 194 bc).

§198. *Fui*, que es en español la forma de pretérito tanto de *ser* como de *ir*, necesita una explicación. El perfecto del LC *īre* (*īī*, *īstī*, *īit*, *īmus*, *īstis*, *īerunt*) no podía tener una vida larga, a causa de su aspecto fonológico, pero habría que preguntarse los motivos por los que le sustituyó el perfecto de *esse*. Para ello tendremos que extendernos brevemente sobre algunas cuestiones un poco lejanas en apariencia:

a) En latín clásico existía una oposición entre dos grupos de verbos desde el punto de vista aspectual. Uno señalaba el aspecto resultativo de la acción y otro no: así sucedía con las parejas *sido* / *sedeo*; *sisto* / *sto*; *fio* / *sum*; *calesco* / *caleo*.

b) El perfecto de todos estos verbos era el mismo: *sedi*, *steti*, *fui*, *calui*.

c) Cuando se pierde *fio* en las lenguas románicas, parece que *eo* (‘ir’) y *sum* (‘estar’ y ‘ser’) se relacionan como no *resultativo/resultativo*. Entonces, el perfecto de los dos es *fui*. Que funcionaban así lo vemos por el tipo de construcciones: *venit mihi in mentem* / *est mihi in mente - est mihi in mentem*.

d) Esta situación debía ser panrománica, no sólo peninsular, pues resulta que en italiano y francés existe también.

e) La facilidad con que en España se produjo la confusión se debió al desdoblamiento *ser* / *estar*. En esta pareja *estar* era resultativo. *Ser*, en cambio, ocupaba la plaza que en la anterior ecuación *ir* / *ser* estaba destinada a *ir*. No es extraño, por tanto, si los perfectos de ambos se confundieron.

Ésta es la evolución normal de la conjugación:

LC *fūī* > fui  
 LC *fūīstī* > fuiste  
 LC *fūīt* > fue  
 LC *fūīmus* > fuimos  
 LC *fūīstis* > fuisteis  
 LC *fūērunt* > fueron

Las formas *fui*, *fuimos* y *fuisteis* tomaron las terminaciones analógicas de *-ir*, el resultado moderno siguiendo una evolución normal habría sido *fue*, *fuemos*, *fuiste(i)s* (en realidad estas formas figuran como modelo en la gramática española de Nebrija de 1492).

*Evolución del imperfecto de subjuntivo*

§ 199a. Ya en latín vulgar, debido a la amenazadora homonimia, el perfecto y el imperfecto de subjuntivo habían empezado a perderse y se sustituyeron por el pluscuamperfecto de subjuntivo latino (§ 65).

La pérdida de *-v(i)-* en el perfecto (§ 58a) fue general en latín vulgar en las conjugaciones en *-are* e *-ire*. Como el pluscuamperfecto de subjuntivo deriva de la raíz del perfecto, aquí también se perdió la *-v(i)-* en las conjugaciones en *-are* y en *-ire*:

<i>latín vulgar</i>	<i>español</i>
clamá(vi)sse	llamase
clamá(vi)sse	llamases
clamá(vi)sset	llamase
clama(vi)ssémus	llamásemos
clama(vi)ssétis	llamaseis
clamá(vi)ssent	llamasen
deb(u)ísse	debiese
deb(u)ísse	debieses
deb(u)ísset	debiese
deb(u)issémus	debiésemos
deb(u)issétis	debieseis
deb(u)íssent	debiesen
bibísse	bebiese
bibísse	bebieses
bibísset	bebiese
bibissémus	bebiésemos
bibissétis	bebieseis
bibíssent	bebiesen
dormi(v)ísse	durmiese
dormi(v)ísse	durmieses
dormi(v)ísset	durmiese
dormi(v)issémus	durmiésemos
dormi(v)issétis	durmieseis
dormi(v)íssent	durmiesen

En todos los casos, la primera y la segunda personas del plural adelantaron su acento una sílaba en español para que el acento recayera en la misma vocal en toda la conjugación.

En la cuarta conjugación, la *yod* que se había formado en la terminación inflexionó, como era normal, la *e* o la *o* que la precedían: LV *metiesse* > esp. *midiese*, LV *moriesse* > esp. *muriese*.

Una vez más las terminaciones de *-ire* se impusieron en las conjugaciones de *-ere*. (Si las formas de *-ere* hubieran evolucionado normalmente, su conjugación habría mantenido *debese* y *bebese*.) Así, las formas españolas de *-er* tienen una *yod* en la terminación; sin embargo, como las terminaciones habían sido tomadas en **préstamo**, y no procedían históricamente de los tiempos del latín vulgar, la conjugación en *-er* no presenta ninguna vocal inflexionada en la raíz.

b. El pluscuamperfecto de indicativo del latín clásico (LC *scrípseram* 'yo había escrito'), que también se formó sobre la raíz del perfecto, mantuvo su significado de pluscuamperfecto en español antiguo (*llamara* 'yo había llamado', *bebiera* 'yo había bebido'). Cuando la construcción analítica (*había llamado*, *habías bebido*) empezó a penetrar de manera firme en el campo del pluscuamperfecto sintético, este último empezó a usarse como *subjuntivo*. Con el paso del tiempo cobró importancia y ganó terreno hasta el punto de que actualmente es la forma más corriente de imperfecto de subjuntivo en español.

LV clama(ve)ra > llamara  
 LV deb(u)era > debiera  
 LV bibera > bebiera  
 LV dormi(v)era > durmiera

§ 200. Hay que mencionar el ya extinguido futuro de subjuntivo español que (salvo en frases legales y en unas cuantas locuciones hechas, como *sea lo que fuere*) se ha sustituido por el presente de subjuntivo (esp. a. *quando viniere* = esp. *quando venga*). El futuro de subjuntivo se derivaba del futuro perfecto de indicativo clásico, que se formaba con la raíz de perfecto más las formas de futuro de *esse* como terminación:

LV clama(ve)ro > llamare  
 LV clama(ve)ris > llamares

LV deb(u)ero > debiere  
 LV deb(u)eris > debieres

LV bibero > bebiere  
 LV biberis > bebies

LV dormi(v)ero > durmiere  
 LV dormi(v)eris > durmieres

En español la terminación de la primera persona del singular es, naturalmente, analógica del resto de la conjugación. Hay que señalar que el resultado etimológico, *amaro* (por *amare*), aparece en Berceo, en el *Poema del Cid* y en otros documentos.

#### Futuro y condicional

§ 201a. El futuro del latín vulgar (§ 54b), que se formó con el infinitivo seguido del presente de indicativo de *habere*, sustituyó al futuro del latín clásico y pasó al español:

latín vulgar	español
clamare + aio	llamaré
debere + aio	deberé
bibere + aio	beberé
dormire + aio	dormiré

Hay que señalar que en español antiguo había dos variantes para la segunda persona del plural de *haber*: *habedes* y *hedes*. Fue esta última forma la que se usó en la formación del futuro en español antiguo, y la que pasó al español moderno como *-éis*.

En español antiguo la naturaleza analítica del tiempo de futuro estaba vigente; se consideraba formado por dos partes, lo que hacía que éstas se pudieran separar, como en portugués moderno, por medio de un pronombre unido al infinitivo:

darlo e  
 traervoslo he  
 darmelo hedes

De todas maneras, en los textos medievales la intercalación de un pronombre entre los dos componentes del futuro era una norma flexible. Por ejemplo, en el *Poema del Cid*, aparecen formas de futuro separadas por pronombres y otras que no lo están, como esta: *dexaré vos las posadas*.

b. El futuro de *hacer* y de *decir* se formó sobre las antiguas variantes de infinitivo *far* (moderno *har*) y *dir*: *haré*, *diré* (§ 169b).

c. Cuando las dos partes del futuro se unieron, la nueva forma empezó a funcionar fonéticamente como una sola palabra, por lo que la *e* o la *i* átonas pudieron caer (§ 102a). En español antiguo este fenómeno era más corriente que en la actualidad, como muestran estos ejemplos:

(arder) ardré	(poder) podré
(beber) bevrás	(querer) querrás
(caber) cabrá	(recibir) recibrá
(haber) habremos	(saber) sabremos
(perder) perdrán	(vivir) vivrán

A veces, al caer una vocal, dos sonidos no tolerados quedaban en contacto y se intercalaba una consonante suplementaria con el fin de que el grupo pudiese pronunciarse: *m'r* > *mbr* (§ 149b), *n'r* > *ndr*, *l'r* > *ldr*.

(comer) combré	(tener) tendré
(poner) pondrás	(valer) valdrás
(salir) saldré	(venir) vendrá
(temer) tembremos	

El español antiguo tenía una solución alternativa a lo que acabamos de exponer: a veces, las dos consonantes en conflicto cambiaban de lugar, con lo que se conseguía que el grupo se pudiera pronunciar más fácilmente:

(poner) porné  
 (tener) terné  
 (venir) verná

En español moderno son casi siempre los verbos más corrientes los que mantienen la forma sincopada:

(caber) cabré	(saber) sabrás
(haber) habrás	(salir) saldrás
(poder) podrá	(tener) tendrá
(poner) pondremos	(valer) valdremos
(querer) querrán	(venir) vendrán

§ 202. La evolución del condicional es paralela a la del futuro. Las terminaciones del condicional derivan de las *terminaciones* de imperfecto de *haber*: *llamar-ía*, *deber-ía*, *beber-ía*, *dormir-ía*, *sabr-ía*.

#### Participios pasados

§ 203a. De los participios débiles pasivos de perfecto (§ 59a) sólo se han mantenido de manera regular los de la primera y la cuarta conjugaciones:

LV -are	LV -ire
clamátu > llamado	audítu > oído
lavátu > lavado	dormítu > dormido
lucrátu > logrado	ítu > ido
mesurátu > medido	partítu > partido
nom(i)nátu > nombrado	servítu > servido
plicátu > llegado	vestítu > vestido

b. Los participios perfectos débiles de la conjugación en *-ere* del latín clásico tenían terminaciones en *-ētus*: *complētus* 'completo', *delētus* 'destruido', *implētus* 'lleno'. Sin embargo, ningún participio débil de perfecto en *-ere* pasó al español; estos verbos, o bien se perdieron (*delētus*, por ejemplo), o bien pasaron a la conjugación en *-ire*; LC *complētus* > esp. *cumplido*,<sup>7</sup> LC *implētus* > esp. *henchido*. Este fenómeno es paralelo a la pérdida de los perfectos débiles en *-ere* del latín clásico (§ 192).

c. Los participios perfectos débiles de la conjugación en *-ere* del latín clásico terminaban en *-ūtus*, y aunque únicamente unos cuantos pasaron al español antiguo (por ejemplo, *tribuēre*, *tribūtus* > esp. ant. *(a)trevudo*; *battuēre*, *battūtus* > esp. ant. *batudo*), la terminación *-udo* tuvo mucha capacidad de arrastre y se extendió analógicamente a muchos verbos. En el *Poema del Cid* se encuentra *metudo*, *vençudo*, y en el *Libro de Alexandre*, *abatudo*, *perçebudo*, *metudo*, *corrompudo*, *sabudo*, *temudo*. Ninguno de estos verbos tenía terminaciones en *-ūtus* en latín

7. *Completo* es un cultismo.

clásico. A partir del siglo XIII *-udo* empezó a perderse (probablemente porque la *u* tónica no se utilizaba en ninguna otra terminación verbal en español) y todos estos verbos se reconstruyeron con la terminación *-ido*.

Unos cuantos participios pasivos del LC *-ūtus* se mantuvieron, pero como adjetivos: LC *acuēre*, *acūtus* > esp. *agudo*; LC *minuēre*, *minūtus* > esp. *menudo*.

§ 204. En latín vulgar, algunos participios de perfecto fuertes del latín clásico pasaron a débiles, como se ve en § 60. Sin embargo, otros participios fuertes del latín clásico pasaron al español:

LV apértu > abierto
LV copértu > cubierto
LV dīctū > dicho
LV fáctū > hecho
LV frīctū > frito
LV mōrtū (LC <i>mortuus</i> ) > muerto
LV pōsītū > puesto
LV rūptū > roto
LV scrīptū > escrito
LV vīstū (LC <i>vīsus</i> ) > visto

Algunos de los participios fuertes que pasaron al español antiguo se convirtieron después en débiles, reconstruidos sobre el infinitivo:

LC <i>mīssus</i> > esp. a. meso / metido
LC <i>nātus</i> > esp. a. nado / nacido
LV <i>quēstū</i> > esp. a. quisto / querido

Unos cuantos participios fuertes del español antiguo se han mantenido en español moderno únicamente como adjetivos y sustantivos, al mismo tiempo que se creaban nuevas formas para el participio:

LV <i>coctū</i> > esp. a. cocho / cocido
LV <i>ductū</i> > esp. a. ducho / -ducido
LV <i>tractū</i> > esp. a. trecho / traído

Encontramos *cocho* en *biscocho* (literalmente 'cocido dos veces'). La forma moderna *-ducido* se encuentra sólo en los compuestos (*traducido, introducido*, etc.).

## ADVERBIOS

§ 205a. El sistema del latín vulgar de derivar adverbios de adjetivos añadiendo *-mente* (§ 68) pasó al español:

abierta + mente  
lenta + mente  
tranquila + mente

b. Algunos adverbios del latín clásico que no derivan de adjetivos pasaron también al español:

LC <i>adhūc</i> > aún	LC <i>quando</i> > cuando
LC <i>ante</i> > antes	LC <i>quōmodo</i> > como
LC <i>circa</i> > cerca	LC <i>tantum</i> > tanto
LC <i>jam</i> > ya	LC <i>magis</i> > más

La *-n* de *aún* es analógica de la *n* de *en, con, según, sin*. La *-s* de *antes* es analógica de la *s* de *después, detrás, más, menos*. Otros ejemplos de **s adverbial** son:

qui *sa*(be) > quizá (+ *s*) > quizás  
in tunc ce > entonces (+ *s*) > entonces

c. Algunos adverbios clásicos eran muy cortos, por lo que en latín vulgar se les añadieron preposiciones, nombres, o incluso otros adverbios, con el fin de que tuvieran más énfasis o más sustancia fónica:

LV *ad fora* > afuera  
LV *ad hic* > ahí  
LV *ad illac* > allá  
LV *ad pressa* > aprisa  
LV *ad satis* > asaz (probablemente a través del provenzal)  
LV *de ex pōst* > esp. a. después  
LV *de in ante* > delante

LV *de trans* > detrás  
LV *in tunc ce* > esp. a. entonces  
LV *ex tunc ce* > esp. a. entonces

## PREPOSICIONES Y CONJUNCIONES

§ 206a. La mayoría de las preposiciones del latín clásico pasaron al español:

LC <i>ad</i> > esp. a	LC <i>pōst</i> > esp. pues
LC <i>ante</i> > esp. ante	LC <i>pro</i> > esp. por
LC <i>circa</i> > esp. cerca	LC <i>secūndum</i> > esp. según
LC <i>cūm</i> > esp. con	LC <i>sine</i> > esp. sin
LC <i>de</i> > esp. de	LC <i>sūper</i> > esp. sobre
LC <i>in</i> > esp. en	LC <i>trans</i> > esp. tras
LC <i>inter</i> > esp. entre	

La evolución del LC *sine* (con *i* breve) al español *sin* no se ha podido explicar; la evolución normal al español debería de haber sido *sen* (comparar con el portugués *sem*). *Sin* podría ser analogía de algunas palabras cortas que tienen una *i*: *mi, ti, si, ni*.

b. Unas cuantas preposiciones romances se componen de dos o más preposiciones clásicas:

de + ex + post > después  
pro + ad > esp. a. pora > esp. para

c. Algunas preposiciones clásicas se perdieron, o bien porque dos preposiciones sinónimas se redujeron a una por motivos de economía, o bien, como en el último ejemplo de los que damos a continuación, porque una preposición latina se sustituyó por otra de otro origen:

ab, de > esp. de  
ex, de > esp. de  
apud, cum > esp. con  
ob, pro > esp. por  
versus, facies (LV *facia*) > esp. hacia  
tenus, arab. *hatta* > esp. hasta

§ 207a. Se mantuvieron unas cuantas conjunciones clásicas importantes:

LC *et* > esp. y, e  
 LC *nec* > esp. ni  
 LC *sī* > esp. si

La evolución de *et* al español antiguo *e* es regular; no hubo diptongación debido al carácter átono de esta conjunción. La *y* moderna, sin embargo, presenta un problema. Generalmente se da la siguiente explicación sobre la evolución de *y*: la *e* del español antiguo iba normalmente delante de vocales y por ello tenía naturalmente tendencia a convertirse en *yod*:

esp. a. e amigos [jamigos] > esp. y amigos  
 esp. a. e obispos [jōbispos] > esp. y obispos  
 esp. a. e uno [júno] > esp. y uno

Se piensa que este caso corriente de *e* ante vocales (excepto *i*) es el que hizo que la *y* se generalizara. Sin embargo, delante de *i* no había razón fonética para que la *e* cambiara su pronunciación; por ello el español moderno mantiene la *e* delante de las palabras que empiezan por [i]: *e hijos*, *e infantes*.

La evolución de *nec* a *ni* es oscura; ya la hemos examinado en el § 147a.

b. *Mientras* necesita cierta explicación. *Dum* 'mientras' e *interim* 'mientras tanto' se veían juntas en latín popular: *dum interim*. Con un cambio en las vocales tónicas, de *i* abierta a *e* abierta, esta pareja evolucionó a *domiente* en español antiguo. Como existían muchas otras palabras de español antiguo que empezaban con *de-*, que era más corriente (*debaxo*, *denantes*, *detrás*, *después*), *domiente* pasó a *demiente*. Y como había muchos pares de palabras que empezaban por *de-* y sin *de-* (*demás*, *más*; *dende*, *ende*; *defuera*, *fuera*), se creó por analogía la forma *miente*. *Miente* pasó a *mientra* porque existían bastantes adverbios que terminaban en *-a* (*contra*, *fuera*, *nunca*). Al llegar a esta fase, se añadió la *s* **adverbial**, y se creó el moderno *mientras*.

c. Sin embargo, la mayoría de las conjunciones del latín clásico se perdieron, y se sustituyeron por conjunciones sinónimas o por otras de origen románico:

LC *etsi* = esp. aunque      LC *quia* = esp. porque  
 LC *ut* = esp. que          LC *igitur* = esp. por eso  
 LC *sed* = esp. pero        LC *cum* = esp. cuando

Hemos llegado al final de este libro y, en opinión del autor, el lector dispone ahora de unos conocimientos mínimos de latín clásico y vulgar, y de fonología y morfología históricas, que le permitirán emprender un estudio provechoso de obras más complejas de esta materia.